



Año Santo
1992
1995
1998
2000
Eucarístico
2010 Año Sacerdotal

BOLETIN DE PASTORAL

Revista Diocesana Mensual



San Juan de los Lagos, Jal.

Marzo de 2010

Nº 332

JORNADA EUCARISTICA SACERDOTAL - VOCACIONAL

¡PUEBLO DE DIOS PUEBLO SACERDOTAL!

2010

Año del sacerdote

Apertura

15 / Mayo
Ordenaciones Sacerdotales

27 / Mayo

Cristo Sumo y Eterno Sacerdote

3 / Junio

El Cuerpo y la Sangre de Cristo

clausura

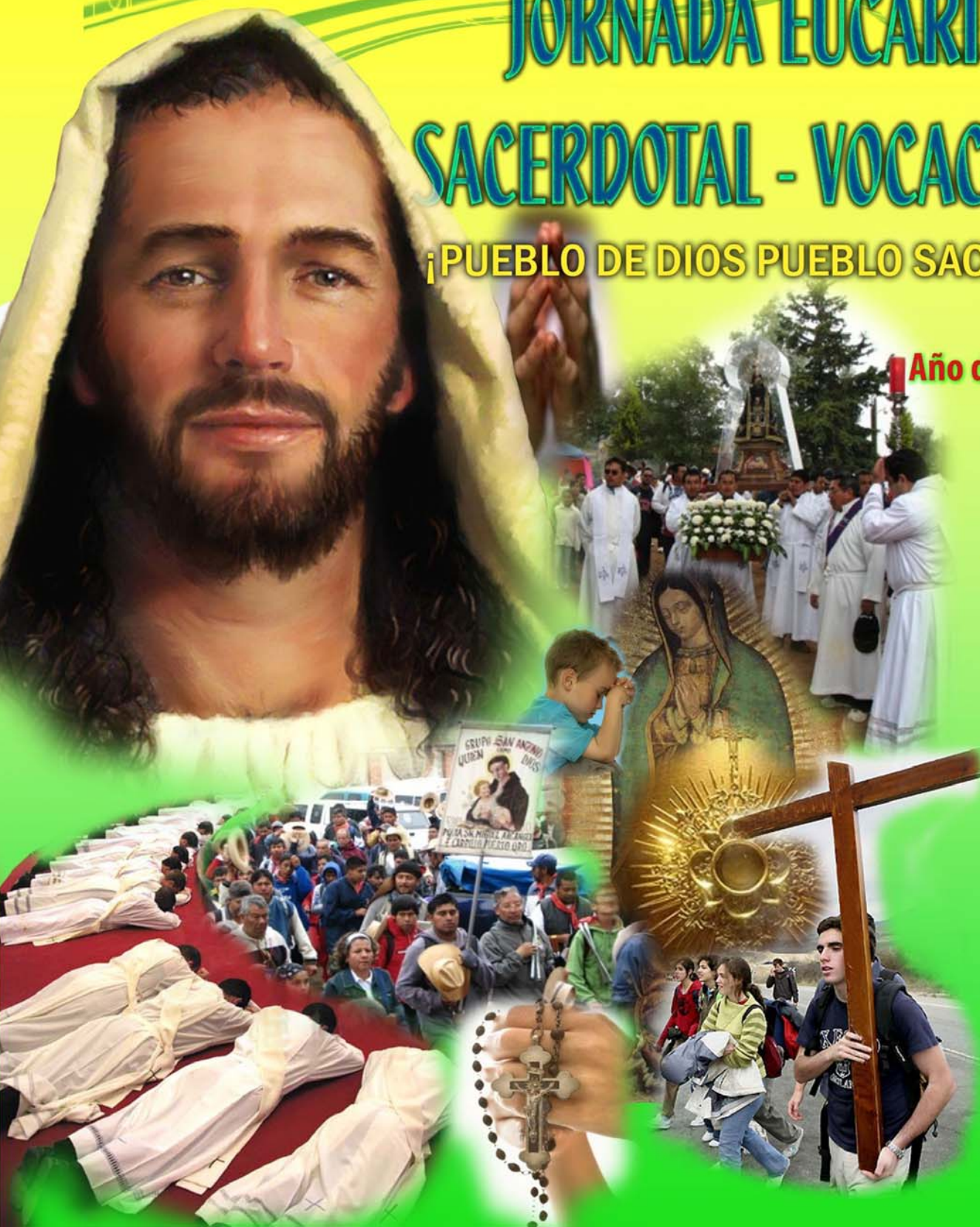
11 / Junio
Fiestas del Sagrado Corazón

30 / mayo

Canción Vocacional
Tepatitlán

6 / Junio

Feria Vocacional
San Julián



SUMARIO

Presentación 1

ORACIONES POR EL AÑO SACERDOTAL:

- Cinco minutos para las escuelas primarias 3

- Cinco minutos para las secundarias y preparatorias..... 5

Hora Santa vocacional 8

Hora Santa del Año Sacerdotal..... 10

Letanías a Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote 16

TEMAS DE ORACIÓN Y REFLEXIÓN

- Sacerdocio común 18

- El Buen Pastor 21

MENSAJES DEL PAPA BENEDICTO XIV:

- En Cristo Dios se nos ha mostrado como razón y amor 24

- Jesucristo rey y sacerdote 29

- Cristo se ofreció a sí mismo al Padre 35

Catequesis desde el poster «Jornada Vocacional 2010» 41

Oración Vocacional y del Año Sacerdotal 43

El papel central del presbítero en la Pastoral Vocacional 44

El Sacerdote... otro Cristo 45

Centro Diocesano de Pastoral

Morelos 34. A. P. 21

Tel. (395) 785-0020 Fax. (395) 785-0171

Correo-E: cpastoral@gmail.com

Messenger: cpastoral@hotmail.com

47000 San Juan de los Lagos, Jal.

Responsable:

**Comisión de Formación Integral
del Presbiterio y Pastoral Vocacional**

Diócesis de San Juan de los Lagos.

Presentación

Jornada Eucarístico Sacerdotal - Vocacional

TIEMPO PASCUAL DEL DÍA 27 DE MAYO AL 11 DE JUNIO.

Proponemos como culminación y clausura del año sacerdotal que intensifiquemos en este tiempo pascual este tema, especialmente en las circunstancias actuales en que arrecian los ataques en los medios de comunicación al sacerdocio y al Papa con el fin de hacer perder la credibilidad y la alta estima que nuestro pueblo tiene hacia los sacerdotes, especialmente en nuestra diócesis.

Con este fin cada comunidad parroquial programará sus propios eventos y donde hay varias ciudades o a nivel decanal también alguna programación especial.

La culminación será desde la Apertura que dará el Sr. Obispo el día 15 en las ordenaciones sacerdotales y especialmente desde el día de Jesucristo Sumo y Eterno Sacerdote 27 de mayo. Corpus Christi hasta el día 11 de junio Día del Sagrado Corazón en que será clausurado por el Papa Benedicto en Roma.



DECÁLOGO

PROPUESTA DE LA JORNADA SACERDOTAL VOCACIONAL

1. Celebrar un día con el título «Los sacerdotes de mi parroquia». Se podría tener una celebración eucarística, a la que se invitaría a todos los sacerdotes vivos que han pasado por una misma parroquia en la que han ejercido su sacerdocio. Un detalle también significativo sería el poder elaborar un mural con las fotografías de esos sacerdotes, ordenadas de forma cronológica (los años que han estado sirviendo a la parroquia), así como la tarea de recabar una breve biografía de cada uno de ellos.
2. Las parroquias podrían también tener un recuerdo para con las vocaciones sacerdotales que han nacido en el seno de esa comunidad. Idear y concretar una fecha en la que se puedan reunir todos sería un buen testimonio.
3. Enviar algún mensaje de gratitud a los sacerdotes ancianos o eméritos del decanato o de la diócesis o si se puede ir a visitarlos. Seguro que agradecen este tipo de detalles, máxime en este
4. Organizar una peregrinación al seminario diocesano por ejemplo el día del Corpus en el seminario, o algún otro día en que puedan visitarlo. Es necesario que las comunidades cristianas conozcan de primera mano el lugar donde los jóvenes se forman para ser en un futuro sacerdotes.
5. En la Misa dominical y en las misas diarias en este año especialmente, no debería faltar una petición por los sacerdotes y las vocaciones al sacerdocio en la oración de los fieles.

6. Revivir y extender la práctica de los «jueves eucarísticos» mediante la prolongación de la acción de gracias después de la comunión con la adoración del Santísimo Sacramento, expuesto en la custodia, y recitar la oración aprobada para este Año Sacerdotal.



7. Resaltar y cuidar la celebración del día 27 de mayo día de Jesucristo Sumo y Eterno Sacerdote, del Corpus Christi y del Sagrado Corazón día de la Clausura del Año Sacerdotal y de la Santificación de los sacerdotes días eucarístico-sacerdotales».

8. Conocer a los candidatos que van a ordenarse en este año y pedir por ellos.

9. Programar actividades catequéticas y pastorales que ahonden en la figura del sacerdote por medio de talleres de lecturas (biografías de sacerdotes ejemplares y santos) o la práctica del cine fórum (recomendamos la web <http://www.cineyvocacion.org>, en donde hay una sección de películas relacionadas con el Año Sacerdotal).

Panel sobre los temas discutidos acerca del sacerdocio católico: celibato, pobreza, obediencia etc.

10. Con los diferentes movimientos familiares, de profundización en la fe, grupos y comunidades se puede reflexionar sobre el papel de los sacerdotes en su función de «consejeros espirituales» y el servicio ministerial que prestan en su labor de acompañamiento y sostenimiento para que el grupo crezca humana y cristianamente.

11. En este Boletín de Pastoral hemos incluido en tres apartados algunas oraciones y celebraciones y temas de reflexión

12. **OTROS ARTICULOS PARA CONSULTAR EN EL BOLETIN 332 QUE SE OFRECE EN SU VERSION COMPLETA Y DIGITAL DE LA PAGINA DE INTERNET: dsanjuan.org**

Recomendamos consultar la página de la diócesis donde incluimos los temas que desarrolló el predicador del Papa Raniero Cantalamessa en Adviento y Cuaresma 2010.

13. **ARTICULOS VOCACIONALES: ¿Qué significa poner la parroquia y la diócesis en clave vocacional? El papel central del presbítero en la pastoral vocacional**

14. **GUIONES PARA CINEFORUM: CONFESIONES VERDADERAS, EL GRAN TORINO, LA DUDA, Más que amigos, Disparando a Perros.**



Atentamente:

*Comisión de Formación Integral del Presbiterio
y Pastoral Vocacional*

Oraciones para la Semana Sacerdotal

CINCO MINUTOS DE ORACIÓN PARA ESCUELAS PRIMARIAS

JUSTIFICACIÓN:

Con ocasión del año sacerdotal, se han creado oraciones sacerdotales para los Niños de Nivel Primaria. Constan de cinco minutos cada oración y están elaboradas para cinco días de la semana.

Se han creado pensando en la mentalidad de los niños y adaptadas a ellos. Personalizar la oración puede ser más significativo y un medio de confrontación vocacional.

I. PRIMER DÍA: ACERCAR A LOS NIÑOS A LA ORACION POR LOS SACERDOTES

Jesús nos invita a rogar por los que ya lo siguen más de cerca y esos son los que diariamente nos celebran misas, por eso niños vamos todos a cantar para invocar al Espíritu Santo y venga a nosotros, para que nos ilumine cómo hablarle por nuestros sacerdotes de la comunidad donde vivimos. (se entona un canto al Espíritu Santo, el que gusten)

En un momento de silencio cerrando sus ojos piensen:

¿Qué te gustaría agradecerle?

¿Qué te gustaría pedir para el Sacerdote de tu comunidad? Te invito a que lo expreses en voz alta.

Una vez terminado este ejercicio, se invita a los niños, a decir en voz alta la siguiente oración:

Señor Jesús

Querido Jesús ayúdame a saber más de ti, para darte a conocer a todos los niños. Que pueda amarte con más fuerza para contagiar a otros niños

a que te amen, que pueda servirte con más entusiasmo y alegría, porque tú estás en mi corazón. Ayuda a nuestros sacerdotes a ser fieles a su vocación para que nos enseñen a amarte. Amén.

II. SEGUNDO DÍA: PARA QUE NECESITA AYUDA JESUS?

Lo primero que vamos a hacer es traer a la memoria con los ojos cerrados a Cristo rodeado de gente o personas necesitadas. Reflexiona que hay muchos problemas que resolver pero él se encuentra solo, sus amigos lo han abandonado... ahora pregúntate en este momento ¿Quién crees que puede ayudarlo? (Se da un espacio para que los niños expongan sus ideas) al terminar se les refuerza que para esto están sus sacerdotes, pero que faltan muchos para ayudar por eso vamos a pedir por ellos.

En este día pidamos por todos los sacerdotes que escuchan las debilidades de los hombres a través de los Sacramentos. Para que el Señor Jesús les siga dando la sabiduría y fortaleza del Espíritu en la misión encomendada y puedan seguir siendo sacramento de amor para la humanidad.

Ahora te invito a decir la siguiente oración:

POR LAS VOCACIONES EN GENERAL

Te pedimos Señor, que sigas bendiciendo a tu Iglesia con muchas vocaciones, te pedimos que todos los que escuchan tu voz, especialmente



los niños, sigan alegrando la Iglesia con la generosidad de su respuesta. Así sea.

III. TERCER DÍA: ¿QUIENES AYUDAN HOY A JESUS EN SU MISION?

Se inicia la reflexión pidiendo que describan a personas que ellos conozcan, que dedican su vida a la ayuda de los demás, en especial de algún sacerdote, religiosa o misionero. Terminada la participación se les lee la siguiente oración al mismo tiempo que todos la repitan con los ojos cerrados.

Hola Jesús, amigo mío: sé que me quieres mucho y aunque no te veo, sé que tú sí me ves y me llamas. Quiero decirte una cosa, que es muy importante para mí:

Sé que hay niños sin juguetes.

Sé que hay niños y niñas pobres y abandonados, que no tienen que comer.

Sé que hay algunos mayores que no han aprendido todavía a querer.

Quiero ayudarte y quiero que me ayudes a que todos sean un poquito felices;

Repartiré mis juguetes si es que hace falta.

Quiero ayudarte y buscaré a los que están solos, para que sean también mis amigos, nuestros amigos, ayúdame a estudiar mucho, para que cuando sea mayor, pueda ayudar a muchos siendo sacerdote. Mis manos son pequeñas pero espero que me escuches y las hagas grandes para ti.

Terminada la oración se les pregunta quien quiere ser sacerdote y se invita a que levanten las manos indicando si quieren... se deja la pregunta en su corazón, para terminar entonar un canto vocacional.

IV. CUARTO DÍA:

POR EL SACERDOTE QUE ME BAUTIZÓ.

Preguntar a los niños con la dinámica de lluvia de ideas, ¿Cómo te llamas?, ¿recuerdas quien te puso ese nombre? ¿Le has preguntado a mamá porque te pusieron ese nombre? Con estas preguntas, llevar a los niños a que ellos caigan en la cuenta del porque de su nombre; cuando ya tomen conciencia de que se los pusieron cuando los bautizaron, llevarlos poco a poco a la necesidad de orar por todos los sacerdotes que bautizan a los niños.

Reflexionando te invito a que cierres los ojos y pienses cómo te imaginas al sacerdote que te bautizó... ahora dale gracias a Dios por El aunque no lo conozcas, Dios escucha tu oración.

Una vez terminado este ejercicio, se invita a decir en voz alta la siguiente oración:

Señor Jesús

Que llamas a quien quieres, llama a muchos de nosotros a trabajar por ti, a trabajar contigo.

Tú, que iluminas con tu palabra a los que has llamado, ilumínanos con el don de la fe en Ti

Tú, que sostienes en las dificultades, ayúdanos a vencer nuestras dificultades de niños de hoy.

Y si llamas a alguno de nosotros para consagrarlo todo a ti, que tu amor aliente esta vocación desde el comienzo, la haga crecer y perseverar hasta el fin.

Así sea.

V. QUINTO DÍA: ENVIA SEÑOR SACERDOTES EN LAS FAMILIAS.

Se inicia explicándoles a los niños que los sacerdotes pertenecen a una familia, y que por lo regular estas familias, que dan sacerdotes, son creyentes en Dios y aman a Jesús, por eso permiten que sus hijos se vayan al seminario a estudiar para ser sacerdotes. «La familia es la escuela de la civilización del amor. Donde es posible aprender que solo del amor brota la vida. Por eso los padres, ayudan a sus hijos para responder con amor a ese llamado.

Se invita a los niños a hacer oración por las familias, ya que ahí es la fuente de la vocación.

Con los ojos cerrados y las manitas juntas, vamos a orar por todos los papás que tienen hijos con deseos de ser sacerdotes, para que les den la oportunidad de seguir este llamado.

Se invita a que expresen su oración de manera espontánea y todos vamos a responder al final de cada una: **QUEDATE CON NOSOTROS SEÑOR.**

AL FINAL SE TERMINA CON LA SIGUIENTE ORACION: Señor Jesús te pedimos por todos los esposos para que el Espíritu Santo los llene con su Gracia y haga de su unión un signo vivo de amor, y con su ejemplo, inviten a sus hijos a seguir a Jesús en el sacerdocio, para que a ejemplo de la Sagrada Familia todos crezcamos en Fe, Esperanza y Caridad. Amén

CINCO MINUTOS DE ORACIÓN PARA LAS SECUNDARIAS Y PREPARATORIAS

JUSTIFICACIÓN:

Con ocasión del año sacerdotal, se han creado oraciones sacerdotales para los adolescentes y jóvenes. Constan de cinco minutos cada oración y están elaboradas para cinco días de la semana.

Se han creado pensando en la psicología del adolescente. Por naturaleza tienden a acentuar más el sentimiento, la pasión, la emoción. Personalizar la oración puede ser más significativo y un medio de confrontación vocacional.

I. PRIMER DÍA: POR EL SACERDOTE QUE ME BAUTIZÓ.



Seguramente no recuerdas al Sacerdote que te bautizó porque en ese entonces eras muy pequeño/a. Pero, aunque no tengas ningún recuerdo en tu memoria, vas a pensar en él. Para ello te invito a que hagas un momento de silencio. Una vez que hayas quietado tu mente y corazón vas a evocar la imagen del sacerdote.

¿Qué te gustaría agradecerle? ¿Qué te gustaría pedir para él? Te invito a que lo expreses en voz alta.

Una vez terminado este ejercicio se invita a decir a todo en voz alta la siguiente oración:

Señor Jesús

Que llamas a quien quieres, llama a muchos de nosotros a trabajar por ti, a trabajar contigo.

Tú, que iluminas con tu palabra a los que has llamado, ilumínanos con el don de la fe en Ti.

Tú, que sostienes en las dificultades, ayúdanos a vencer nuestras dificultades de jóvenes de hoy.

Y si llamas a alguno de nosotros para consagrarlo todo a ti, que tu amor aliente esta vocación desde el comienzo y la haga crecer y perseverar hasta el fin.

Así sea.

II. SEGUNDO DÍA: POR EL SACERDOTE QUE ME RECONCILIÓ POR PRIMERA VEZ CON JESÚS.

Lo primero que vamos a hacer es traer a la memoria al Sacerdote que por primera vez me reconcilió con el Señor Jesús. ¿Recuerdas su rostro? ¿Recuerdas que él fue mediación de Dios para ti?

En este día pidamos por todos los sacerdotes que escuchan las debilidades de los hombres a través del Sacramento de la reconciliación. Para que el Señor Jesús les siga dando la sabiduría y fortaleza del Espíritu en la misión encomendada y puedan seguir siendo sacramento de amor para la humanidad.



Ahora te invito a decir la siguiente oración:

Servidores de la fe

Señor Jesús: llama a muchos apóstoles para que te presenten sus manos ungidas como las tuyas en el mismo fuego del Espíritu, y entreguen en ellas a la Iglesia y al mundo la lumbre de tu Amor: pan partido, Evangelio proclamado y huellas marcando el camino.

En esas manos, en que Tú te entregas por entero, sal al encuentro de todos los hombres y llámales al corazón para la entrega obediente y confiada a la fe.

A través de ellas reúne a los hermanos para que crean, se incorporen a tu Iglesia y avancen contigo, transfigurando este mundo hacia el hogar común del Reino del Padre.

Bendito seas, Señor, porque nos llamas y tomas de la mano a tus sacerdotes.

Tú mismo eres la respuesta, su misma fidelidad. Ya que Tú has empezado en ellos la obra del servicio apostólico, sé Tú mismo el que la llesves a término para alabanza y gloria del Padre.

III. TERCER DÍA: POR EL SACERDOTE QUE ME DIO POR PRIMERA VEZ a JESÚS.



Jesús, aún conservo en mi memoria como acontecimiento significativo mi Primera Comunión. Ese día en que recibí por primera vez a Jesús en el Vino y Pan.

No sé si era del todo consciente de lo que estaba viviendo, no sé si era más importante la fiesta que mi familia estaba organizando, que recibir tu Cuerpo y Sangre.

Pero hoy, que tengo la oportunidad de vivir con más consciencia, con más sentido, quiero pedirte primeramente perdón por no ser agradecido con el don maravilloso que un día recibí. También te pido perdón porque no te he recibido con la frecuencia que debiera.

Quiero volverte a decir que tu Cuerpo y Sangre son el alimento que da vida y que me une Contigo y con mis hermanos, quiero nuevamente volver mi mirada arrepentida a Ti y volverte a decir que te quiero y me ayudes a ser fiel.

También quiero pedirte por los sacerdotes que continúan tu obra en el mundo y que, al igual que a mí, siguen dando por primera vez a Jesús a tantos niños. Cuídalos donde quiera que se encuentren y ayúdalos a ser fieles.

Con la Oración del Padre Nuestro te pido por tus sacerdotes: *Padre Nuestro...*



IV. CUARTO DÍA: POR EL SACERDOTE MISIONERO.

En este cuarto día en el que oramos por los sacerdotes misioneros, se invita a los adolescentes y jóvenes a iniciar con la siguiente oración:

Cristo, me necesitas

Cristo, no tienes manos, tienes sólo nuestras manos para construir un mundo nuevo donde habite la justicia.

Cristo, no tienes pies, tienes sólo nuestros pies para poner en marcha a los hombres por el camino de la libertad.

Cristo, no tienes labios tienes sólo nuestros labios para proclamar al mundo la buena noticia de su Evangelio.

Cristo, no tienes medios, tienes sólo nuestra acción para lograr que todos los hombres sean hermanos. Cristo, somos la única Biblia que pueden leer aún, el único mensaje de esperanza dirigido a los hombres escrito con obras y palabras eficaces.

¡Oh Espíritu de verdad!, que has venido a nosotros en Pentecostés para formarnos en la escuela del Verbo Divino, cumple en nosotros la misión a la cual el Hijo te ha llamado.

Llena de ti mismo todo corazón y suscita en muchos jóvenes el anhelo de lo que es auténticamente grande y hermoso en la vida, el deseo de la perfección evangélica, la pasión por la salvación de las almas.

Sostén a los «obreros de la mies» y dona fecundidad espiritual a sus esfuerzos en el camino del bien.

Haz nuestros corazones completamente libres y puros, y ayúdanos a vivir con plenitud el seguimiento de Cristo, para gustar como tu último don el gozo que no tendrá jamás fin. Amén.

(Juan Pablo II) (V Maratón, Zaragoza 1999)

V. QUINTO DÍA: ¡YO PUEDO SER SACERDOTE!

Que reflexiones te suscita la siguiente frase:

«Dios llama cuando da ojos para ver el trigo maduro que se muere por falta de manos»

P. Jorge Sans-vila.

Un adolescente cuando leyó esta frase dijo lo siguiente:

- Dios nos invita a ayudar a las personas.
- Nuestro Señor Jesús nos invita para cuestionarnos en la vocación sacerdotal.
- Nos hace reflexionar en nuestros errores.

¿Será que los adolescentes y jóvenes no son libres para seguir a Jesús? ¿Por qué?

Te invito a decir la siguiente oración pensando en cada palabra y en cada frase y disponiéndote a escuchar la Voz de Dios.

Libres para seguir a Jesús

Señor Jesús, hoy sigues llamando a muchos jóvenes, para que estén contigo y anuncien el evangelio.

Dales fortaleza y generosidad para que se liberen de todas las ataduras que anudan su corazón.

Sé tú mismo su libre libertad para que puedan seguirte.

Que todo lo que tienen ahora por ganancia, al conocerte a Ti lo tengan por pérdida.

Que atraídos por Ti se animen a venderlo todo, a darlo a los pobres, y entreguen su propia vida en la honda sencilla alegría de tu pobreza.

Que la esperanza de tu Reino, los seduzca hasta el fondo de su ser.

Que pongan sus pies donde Tú pusiste tus pasos, comulgando tu vocación y tu destino.

Haz que, mañana, como apóstoles pobres y humildes, libres en tu misma libertad lleven tu presencia a los hermanos.

Y los reúna en la mesa de tu Iglesia que peregrina por el mundo hacia el Padre; y, en la aurora de un tiempo nuevo, vivan contigo la aventura de un primer Pentecostés.



❄ Hora Santa Vocacional ❄

«LA MIES ES MUCHA Y LOS TRABAJADORES SON POCOS»

INTRODUCCIÓN:

La más fascinante aventura que puede tener una persona es «encontrar» a Jesús de Nazaret.

Este encuentro no es para unos privilegiados. Jesús puede ser encontrado por todos ya que El es el hermano de todos. Su voz hace eco en el corazón de cada ser humano.

Necesitamos escuchar cuidadosamente. Debemos dar la bienvenida a la Palabra, guardarla y hacerla producir fruto como hace la tierra con la semilla. Pues así es como la vida vuelve a crearse. Nuestra vida se renueva por el poder creativo de la palabra y cambia por la presencia de Cristo.

El Señor habla. Nos llama y nos pide que le sigamos. Su invitación es tan comprometedor como una proposición de amor; porque las invitaciones de Jesús son siempre maravillosas, propuestas radicales dirigidas a nuestro corazón.

¿A qué nos llama Jesús? Ante todo, nos llama a servir a nuestros hermanos y hermanas; a convertimos en servidores de todos, exactamente como El lo hizo. Se necesita generosidad y mucho ánimo para responder a la invitación del Maestro. Por esta razón, El habla primero y especialmente a la juventud ya que ellos saben por su misma naturaleza ser generosos y animosos. Saben cómo hacer de sus vidas una entrega a sus hermanos y hermanas.

Pidamos que el Señor vea con amor a muchos de nuestros jóvenes y que ellos y ellas estén listos para aceptar en su corazón la invitación del Maestro.

CANTO EUCARÍSTICO

ORACIÓN: Señor, danos corazones atentos y generosos. Ayúdanos a cuestionarnos y a examinar cada decisión que hacemos en nuestra vida con el fin de servirte mejor. Ayúdanos a

precisar la generosidad de los que se entregan y llevan su cruz de cada día siguiendo tus pasos con alegría. Al ver en el fondo de nuestros corazones, concédenos, Señor, el valor de ser sinceros y la capacidad para escuchar cada una de tus indicaciones. Amén.

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO

Mt. 9, 35-38

Jesús recorría todas las ciudades y los pueblos enseñando en sus sinagogas, proclamando la Buena nueva del Reino y sanando toda enfermedad y toda dolencia. Y al ver a la muchedumbre sintió compasión de ella, porque estaban decaídos y desanimados como ovejas que no tienen pastor. Y dijo a sus discípulos: «La mies es mucha y los obreros pocos. Rueguen pues, al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies».

Palabra del Señor.

MOMENTO DE SILENCIO Y REFLEXIÓN

¡AQUÍ ESTOY SEÑOR, ENVÍAME!

Dios nos llama todos los días de diversos modos. Nunca deberíamos tener miedo de responderle, porque Dios es fiel y cumplirá todo lo que ha prometido. El prometió estar con nosotros todos los días hasta el fin del mundo, y cumple su promesa, estando con nosotros en su Palabra, en el Pan de Vida, la Eucaristía, y en los demás Sacramentos. Oremos a Jesús en el Santísimo Sacramento para que seamos capaces de escuchar su Palabra con realismo. Abramos nuestro corazón a las inspiraciones del Espíritu Santo.

SÚPLICA A JESÚS SACRAMENTADO:

Divino Maestro y Salvador, adoramos tu amorosa presencia Eucarística entre nosotros. Tú, Señor del universo, estás ante nosotros escuchando nuestra oración y tratando de encontrar en nuestros corazones un sagrario permanente y una custodia viviente de tu amor.



Queremos experimentar tu compasión por la muchedumbre abandonada que parece oveja sin pastor.

Levantamos nuestra oración a ti por tus santos obispos, celosos sacerdotes, religiosos comprometidos, laicos generosos, padres ejemplares, todos empeñados en la construcción de tu Reino.

Escucha nuestra súplica, Señor Jesús. El mundo entero y tu pueblo fiel necesitan de tu gracia _Amén.

CANTO VOCACIONAL

SALMO DEL AMIGO VERDADERO:

Señor Jesús, eres Amigo verdadero, como el buen pastor que conoce una a una sus ovejas y las llamas por su nombre.

Eres fiel en tu amistad para conmigo y nada me falta.

Nada me falta, porque tú llenas los deseos de mi corazón; nada me falta, porque tú estás a mi lado aunque todos me abandonen; nada me falta, porque has dado la vida por mí en lo alto de la cruz; nada me falta, porque tu perdón y gracia me acompañan siempre.

Me regalas con tus dones, me alimentas con tu Pan de Vida; me recreas en el gozo y paz de tu Espíritu.

Tú eres, Señor Jesús, el Pastor bueno,

Que guías hacia el aprisco tu rebaño;

Tú eres, Señor Jesús, Amigo verdadero, Que ya nunca nos llamarás siervos.

Tú eres Amigo que me has dado a conocer los secretos del corazón del Padre;

Eres Amigo que has salvado mi vida dejándote colgar del madero. Enséñame, Señor Jesús, a dar mi vida por los que necesitan seguir viviendo; Enséñame, Señor Jesús, a permanecer fiel al lado del hermano que está solo.

Tú eres la puerta que abre camino hacia el corazón del Padre: guíame, Amigo, y condúceme hacia las aguas tranquilas de su Reino. Amén.

MOMENTO DE SILENCIO Y ADORACIÓN

CANTO VOCACIONAL

Seguramente muchos de nosotros nos sentimos agradecidos hacia algún sacerdote, religioso o religiosa, misionero o catequista, que han desempeñado un papel importante en nuestras vidas. Pensemos en nuestro Bautismo, nuestra Primera Comu-

nión, nuestra primera Confesión, y otros momentos significativos que sólo nosotros conocemos, recuerdos que están vivamente impresos en nuestros corazones. Demos gracias a Jesús presente en la Eucaristía y alabémoslo por el gran amor que nos ha mostrado y continúa mostrando a toda la humanidad a través de sus sacerdotes, especialmente en este año sacerdotal, pidámosle para que a todos sus ungidos los renueve en su ministerio, les haga entusiasta servidores de su Reino, fieles a sus compromisos sacerdotales, santos, porque El, que los ha llamado es santo.

PRECES VOCACIONALES:

GUÍA: Oh Jesús, Sumo y Eterno Sacerdote, preserva a todos tus sacerdotes bajo la protección de tu amoroso corazón para que ningún mal los hiera.

***TODOS:** Consérvalos castos en su consagración para entregarnos el Cuerpo y la Sangre Eucarísticos.

GUÍA: Consérvalos libres de los apegos terrenos porque han sido marcados con el sublime carácter de tu Sacerdocio.

***TODOS:** Hazlos crecer en amor y en tu amor presérvalos de las influencias mundanas.

GUÍA: Dales, no solo el poder de transformar el Pan y el Vino en tu Cuerpo y Sangre, sino también el poder de cambiar los corazones de tus hijos.

***TODOS:** Bendice sus esfuerzos, y haz fructífero su trabajo y concédeles un día la recompensa eterna.

GUÍA: Corazón Eucarístico de Jesús, modelo de corazón Sacerdotal.

***TODOS:** Multiplica y preserva las vocaciones sacerdotales en el mundo.

GUÍA: Oh María, haz que tus Sacerdotes y consagrados se asemejen a ti, imitando tus virtudes.

***TODOS:** Intercede por los Diáconos, seminaristas, religiosos, misioneros y laicos comprometidos, para que lleven la Buena Nueva de tu Hijo al mundo.

PETICIONES VOLUNTARIAS...

PADRE NUESTRO, AVE MARÍA Y GLORIA

CANTO FINAL

Hora Santa del Año Sacerdotal



I. EXPOSICIÓN DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

De rodillas

El sacerdote revestido expone el Santísimo Sacramento y lo inciensa, mientras se entona este canto u otro canto eucarístico.

Pange, lingua, gloriósi (*Canta, lengua,*)
 cörperis mystérium, (*el misterio del cuerpo glorioso*)
 sanguisque pretiósi, (*y de la sangre preciosa*)
 quem in mundi prétium (*que el Rey de las naciones*)
 fructus ventris generósi (*fruto de un vientre generoso*)
 Rex effúdit géntium (*derramó como rescate del mundo*)
 Amen. (*Así sea.*)

II. ACTO DE AMOR

Oración que solía recitar san Juan María Vianney

Te amo, oh mi Dios.
 Mi único deseo es amarte
 hasta el último suspiro de mi vida.
 Te amo, oh infinitamente amoroso Dios,
 y prefiero morir amándote
 que vivir un instante sin amarte.
 Te amo, oh mi Dios,
 y la única gracia que deseo es amarte eternamente.
 Dios mío, si mi lengua no es capaz de decir
 a cada momento que os ama,
 quiero que mi corazón lo diga
 tantas veces cuantas respiro.
 Te amo, oh Divino Salvador,
 porque has sido crucificado por mí,
 y me tienes aquí crucificado contigo.
 Dios mío, concédeme la gracia de morir
 Amándote y sintiendo que te amo. Amén.

III. ACTO DE FE

Sentados

MONITOR: El pasado 19 de junio, su Santidad Benedicto XVI inauguraba solemnemente el Año de oración por la santificación de los sacerdotes invitando a toda la Iglesia a rezar por los sacerdotes.

Hoy, en la fiesta de san Juan María Vianney, el Santo Cura de Ars, nos reunimos en torno a Jesús Sacramentado para adorarle, para alabarle y para llamar a su Corazón que renueve la vida de sus sacerdotes.



San Juan María tenía una fe muy grande en Jesús e invitaba a los fieles a visitar a Jesús presente en el Sagrario: «Nuestro Señor está ahí escondido, -decía en una ocasión- esperando que vayamos a visitarle y a pedirle. Él está ahí, en el sacramento de su amor; él suspira e intercede sin cesar junto a su Padre por los pecadores. Está ahí para consolarnos, de esta forma, debemos visitarle a menudo.

Cuanto le agrada ese pequeño rato que quitamos a nuestras ocupaciones o a nuestros caprichos para ir a rezarle, a visitarle, a consolarle de todas las injurias que recibe.

Cuando ve venir con prisa a las almas puras.... ¡él les sonrío! ¡Y que felicidad experimentamos en la presencia de Dios, cuando nos encontramos solos a sus pies, delante de los santos sagrarios!

Nosotros, en este acto de adoración al Santísimo Sacramento, acogemos estas palabras del Santo Cura de Ars y renovamos nuestra fe en la presencia real de nuestro Señor Jesucristo en el Sacramento de la Eucaristía, diciendo: *Señor, yo creo; pero aumenta mi fe.*

R/. Señor, yo creo pero aumenta mi fe.

- ✓ Creemos, Señor Jesús, que en la noche del Jueves Santo instituíste el sacramento de la Eucaristía convirtiendo el pan en tu Cuerpo y el vino en tu Sangre.
- ✓ Creemos, Señor Jesús, que en la noche del Jueves Santo confiaste a la Iglesia la renovación del Sacrificio de tu Cuerpo y de tu Sangre para el perdón de los pecados.
- ✓ Creemos, Señor Jesús, que cada vez que un sacerdote celebra la Santa Misa te haces presente en el pan y el vino consagrados.
- ✓ Creemos, Señor Jesús, que estás presente en cuerpo, sangre, alma y divinidad en el Sacramento de la Eucaristía.
- ✓ Creemos, Señor Jesús, que te das a nosotros como alimento para la vida eterna en la Sagrada Eucaristía.
- ✓ Creemos, Señor Jesús, que vives y nos escuchas, que estás y que nos esperas en cada Sagrario.

- ✓ Creemos, Señor Jesús, que a pesar de que nuestros ojos no te ven y que somos indignos de este don, tú estás presente en medio de nosotros.

De rodillas

Entonemos ahora este canto donde confesamos nuestra fe en la presencia de Jesús.

CANTEMOS AL AMOR DE LOS AMORES,
CANTEMOS AL SEÑOR.
¡DIOS ESTÁ AQUÍ! VENID, ADORADORES;
ADOREMOS A CRISTO REDENTOR.
¡GLORIA A CRISTO JESÚS! CIELOS Y TIERRA,
BENDECID AL SEÑOR.
¡HONOR Y GLORIA A TI, REY DE LA GLORIA;
AMOR POR SIEMPRE A TI, DIOS DEL AMOR!

IV. PRESENTACIÓN DE NUESTRA ORACIÓN

Sentados

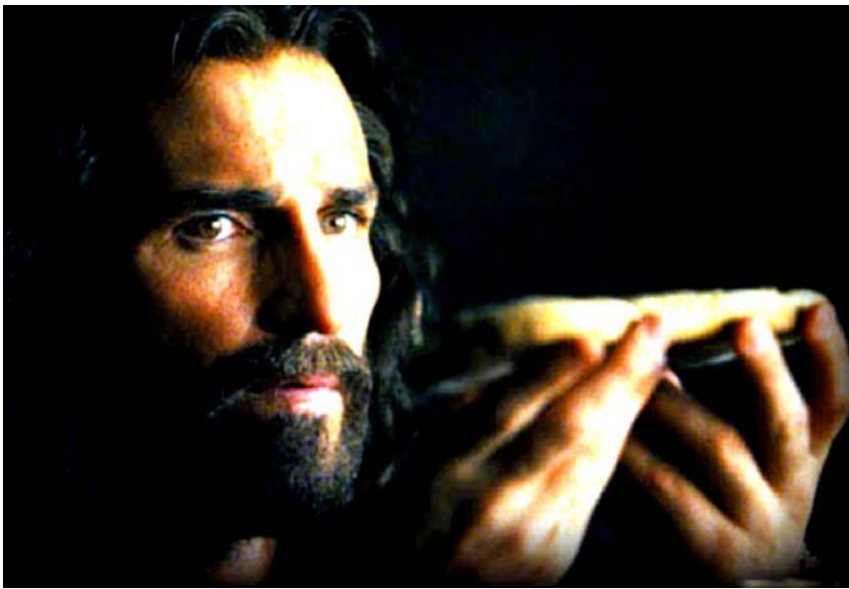
MONITOR: En una ocasión el santo Cura de Ars definió la oración como «la elevación de nuestro corazón a Dios, una dulce conversación entre la criatura y su Criador». Con este espíritu estamos aquí delante de Jesús Eucaristía. Hemos venido a orar, a elevar nuestro corazón a Dios, a tener una dulce conversación con Nuestro Criador.

Una oración que debe ser expresión de nuestra fe -de nuestra confianza en Dios- y que ha de ser presentada con pureza de corazón. Decía el Santo Cura: «¡Cuántas veces venimos a la iglesia sin saber a qué venimos ni qué queremos pedir! Sin embargo, cuando se va a casa de cualquiera, se sabe muy bien por qué uno se dirige a ella. Los hay que parecen decirle a Dios: «Vengo a decirte dos palabras para cumplir contigo...». Con frecuencia pienso que, cuando venimos a adorar a nuestro Señor, conseguiríamos todo lo que quisiéramos, con tal de pedirle con fe viva y un corazón puro».

Acogiendo esta enseñanza, digamos con fe y con un corazón puro:

R/. Señor, acepta nuestra oración.

- ✓ Tú que dijiste: Pidan y recibirán, busquen y encontrarán, llamen y se les abrirá:
- ✓ Tú que enseñaste que si dos o más se reúnen en la tierra para pedir algo, el Dios Padre del Cielo lo concederá.



1.- Coloca, Señor, una guardia en mi boca,
un centinela en la puerta de mis labios,
y no dejes, Señor, que me incline
a la maldad de mi corazón.

2.- Mis ojos, Señor, están vueltos a Ti,
en Ti me refugio, no me abandones,
guárdame del lazo que me han tendido,
líbrame de la trampa del malhechor.

V. ACCIÓN DE GRACIAS POR EL SACERDOCIO

- ✓ Tú que dijiste que todo lo que se pida con fe en la oración será concedido
- ✓ Tú que dijiste que todo el que pida el Espíritu Santo a Dios Padre le será dado porque es un Padre bueno
- ✓ Tú que enseñaste que nuestra oración no se ha de caracterizar por las muchas palabras, creyendo que por mucho hablar seremos escuchados
- ✓ Tú que enseñaste que el Padre Dios sabe cuáles son nuestras necesidades.
- ✓ Tú que dijiste que hemos de orar en toda ocasión sin desanimarnos
- ✓ Tú que enseñaste a tus discípulos a orar dándoles la oración del padrenuestro.
- ✓ Tú que oraste durante tu vida terrena intimando con Dios, que oraste ante los grandes misterios de tu misión redentora, que te entregaste a la voluntad del Padre en la pasión y en la muerte
- ✓ Tú que en tu oración intercediste por tus discípulos para que fuesen fieles

Entonemos ahora este salmo (140) donde pedimos que nuestra oración suba hasta el cielo y sea agradable a Dios:

*El alzar de mis manos, Señor,
suba a ti como ofrenda de la tarde,
y el clamor de mi humilde oración,
suba a ti como incienso en tu presencia.*

MONITOR: Queremos que nuestra oración, que en esta tarde está centrada en pedir por los sacerdotes, suba como incienso ante la presencia de Dios.

Los sacerdotes son un inmenso don no sólo para la Iglesia sino también para la humanidad entera –nos recordaba el Papa Benedicto XVI en la carta que escribió a los sacerdotes con motivo del Año Sacerdotal.

El santo Cura de Ars se admiraba ante la grandeza del sacerdocio y llegaba a decir que «*si no tuviésemos el sacramento del orden sacerdotal, no tendríamos a Nuestro Señor. ¿Quién le ha puesto ahí, es ese tabernáculo? El sacerdote. ¿Quién ha recibido el alma en su entrada a la vida? El sacerdote. ¿Quién la alimenta para darle fuerza para hacer su peregrinación de la vida? El sacerdote. ¿Quién la preparará a presentarse ante Dios, lavando esta alma, por última vez, en la sangre de Jesucristo? El sacerdote. ¿Y si esta alma va a morir por el pecado, quién la resucitará?, ¿quién le devolverá la calma y la paz? Otra vez el sacerdote.*

No os podéis acordar de una buena obra de Dios, sin encontrar al lado de este recuerdo a un sacerdote.

Como el Santo Cura de Ars, asombrémonos ante el don del sacerdocio y demos gracias a Dios diciendo: Gracias, Señor, por tus sacerdotes.

R/. Gracias, Señor, por tus sacerdotes.

- ✓ Te damos gracias, Señor, porque en la tarde del Jueves Santo instituiste el sacramento del orden para seguir presente en tu Iglesia como Pastor, Maestro y Pontífice de tu pueblo.
- ✓ Te damos gracias, Señor, porque en tus sacerdotes sigues presente en medio de nosotros predicando el amor de Dios, sus designios de salvación, y enseñando el camino del cielo y de la felicidad cada vez que predicán y nos exhortan.
- ✓ Te damos gracias, Señor, porque en tus sacerdotes sigues guiando a tu pueblo a través de la historia cada vez que nos reúnen como miembros de tu Iglesia, cada vez que nos libran de los falsos pastores y de los lobos que amenazan nuestra vida.
- ✓ Te damos gracias, Señor, porque en tus sacerdotes sigues santificando a tu pueblo tendiendo un puente entre Dios Padre y nosotros cada vez que celebran los sacramentos dándonos la gracia y el perdón de los pecados.
- ✓ Te damos gracias, Señor, porque en tus sacerdotes sigues curando enfermos, librando endemoniados, denunciando el mal, haciendo el bien a los más pobres y necesitados, acogiendo a los que la sociedad desprecia, defendiendo la vida desde su inicio hasta su fin natural, potenciando la entrega a la obra del Reino, orando e intercediendo por los pecadores y por el mundo entero.

Un breve momento de silencio

VI. PETICIÓN POR LOS SACERDOTES

MONITOR: El don del sacerdocio es muy grande para la Iglesia, para el mundo y para los mismos sacerdotes.

El Papa Benedicto XVI nos recordaba que *«el Cura de Ars era muy humilde, pero consciente de ser, como sacerdote, un inmenso don para su gente. Hablaba del sacerdocio como si no fuera posible llegar a percibir toda la grandeza del don y de la tarea confiados a una criatura humana: ¡Oh, qué grande es el sacerdote! Si se diese cuenta, moriría... Dios le obedece: pronuncia dos palabras y Nuestro Señor baja del cielo al oír su voz y se encierra en una pequeña hostia...»*

Pero, a veces, los sacerdotes no son totalmente conscientes de este gran don que es su vocación llevándoles a una vida mediocre, monótona, desganaada, sin hálito de santidad, poco evangélica e incluso escandalosa para los mismos cristianos. Los mismos cambios sociales, los medios de comunicación como también la actitud de muchas personas hacia la figura del sacerdote pueden ser causa de que el primer ardor de la vocación y de aspirar a ser según el Corazón de Cristo haya decaído.

Por eso se hace necesaria la oración por los sacerdotes. Nuestro Señor Jesucristo ya lo hizo antes de entregarse a la Pasión durante la Última Cena. Escuchemos puestos en pie:

De pie

+ Del Santo Evangelio según san Juan 17, 1-17

De rodillas

Nosotros queremos continuar tu oración, Señor, y por eso te pedimos:

- ✓ A todos los sacerdotes, dales pureza, Señor

R/. Te rogamos, óyenos

- ✓ Dales tu ciencia y tus virtudes, Señor
- ✓ Dales paciencia, caridad, obediencia y benignidad
- ✓ Dales amor al estudio y un intenso amor a la Eucaristía
- ✓ Dales celo ardiente por las almas y fuego divino para que abrasen los corazones
- ✓ Dales humildad, talento y respeto a su dignidad
- ✓ Dales delicadeza en observar la rúbricas y en cuidar la celebración de los sacramentos
- ✓ Dales grande sumisión al Santo Padre Benedicto XVI y a sus obispos
- ✓ Dales horror a las cosas del mundo, dales rectitud y justicia
- ✓ Dales un gran amor a María y a los santos
- ✓ Dales el don de consejo, fortaleza en sus trabajos y un grande amor a la Cruz
- ✓ Dales resignación en sus penas, caridad universal con las almas y generosidad
- ✓ Dales arrepentimiento de sus pecados, ansia de enmendar su vida, de ser sacerdotes según tu Corazón y de alcanzar la santidad

Un breve momento de silencio

Y por que las funciones y ministerios que cada sacerdote ha de desempeñar en la Iglesia son muchas pidamos para que Dios los asista y ayude:

§ A nuestro Santo Padre, el Papa

R/. Envuélvelo en tu gracia, Señor

§ A los Cardenales, Nuncios y legados del Papa

R/. Envíales tu luz, Señor

§ A los Obispos, prelados y abades

R/. Dales tus dones, Señor

§ A los sacerdotes de seminarios

R/. Dales tu sabiduría, Señor

§ A los sacerdotes diocesanos

R/. Nunca los dejes, Señor

§ A los sacerdotes religiosos

R/. Hazlos perfectos, Señor

§ A los sacerdotes en los hospitales

R/. Dales constancia, Señor

§ A los sacerdotes enfermos

R/. Sánalos, Señor

§ A los sacerdotes pobres

R/. Socórrelos, Señor

§ A los sacerdotes ancianos

R/. Sosténlos, Señor

§ A los sacerdotes jóvenes

R/. Impúlsalos a tu gloria, Señor

§ A los sacerdotes misioneros

R/. Protégelos, Señor

§ A los sacerdotes predicadores

R/. Ilumínalos, Señor

§ A los sacerdotes directores de almas

R/. Instrúyelos, Señor

§ A los sacerdotes párrocos

R/. Dales tino, Señor

§ De los sacerdotes vicarios

R/. No te apartes, Señor

§ A los sacerdotes celosos

R/. Ayúdalos, Señor

§ A los sacerdotes que desean amarte

R/. Enciéndelos, Señor

§ A los sacerdotes tristes

R/. Consuélalos, Señor

§ A los sacerdotes turbados

R/. Dales paz, Señor

§ A los sacerdotes aislados

R/. Acompáñalos, Señor

§ A los sacerdotes atados a lo terreno

R/. Rompe sus cadenas, Señor

§ A los sacerdotes difuntos

R/. Dales la gloria, Señor.

Sentados

Un breve momento de silencio

VII. PETICIÓN POR LAS VOCACIONES

MONITOR: Convencidos con el Santo Cura de Ars que «tras Dios, ¡el sacerdote lo es todo! « y que «si nouviésemos el sacramento del orden sacerdotal, no tendríamos a Nuestro Señor» acudimos a Jesús Sumo y Eterno Sacerdote para que dé a su Iglesia muchos y santos sacerdotes.

De rodillas

R/. Danos, Señor, muchos y santos sacerdotes.

- ✓ Para que no deje de celebrarse la Santa Misa, para que tengamos siempre en nuestros templos la Sagrada Eucaristía, para que no nos falte Jesús en la Comunión.



VIII. BENDICIÓN CON EL SANTÍSIMO Y RESERVA

TANTUM ERGO SACRAMÉNTUM VENERÉMUR CERNUI,
Veneremos, pues, inclinados tan gran Sacramento;

ET ANTÍQUUM DOCUMENTUM NOVO CEDAT RÍTUI;
y la antigua figura ceda el puesto al nuevo rito;

PRAESTET FIDES SUPLEMÉNTUM SENSUUM DEFÉCTUI.

la fe supla la incapacidad de los sentidos

GENITÓRI GENITÓQUE LAUS ET IUBILÁTIO,
Al Padre y al Hijo sean dadas alabanza y júbilo,

SALUS, HONOR, VIRTUS QUOQUE
salud, honor, poder

SIT ET BENEDICTIO;
y bendición;

PROCEDÉNTI AB UTRÓQUE
una gloria igual sea dada

COMPARSIT LAUDÁTIO. AMEN.

al que de uno y de otro procede. Amen.

- ✓ Para que haya intermediarios entre Dios y los hombres, abogados que nos defiendan ante el divino acatamiento y padres que nos perdonen nuestros pecados.
- ✓ Para que sean bautizados los niños, santificado el amor de los esposos y auxiliados los que dejan este mundo.
- ✓ Para que alejen a los demonios, para que rescaten a las almas del Purgatorio, para que alegren a los cielos.
- ✓ Para que los niños aprendan la fe salvadora, para que los jóvenes reciban protección y los adultos adquieran fortaleza.
- ✓ Para que todos, pobres y ricos, nos amemos como hermanos.
- ✓ Para que nuestros ojos vean a Jesús en sus ministros, para que nuestros oídos escuchen la divina palabra, para que nuestras almas reciban su consuelo.

Un breve momento de silencio

V/. Panem de caelo praestitisti eis.

V/. Les diste pan del cielo.

R/. Omne delectamentum in se habentem.

R/. Que contiene en sí todo deleite.

Oremus: Deus qui nobis, sub Sacramento mirábili pasiónis tuae memóriam reliquisti:+ tribue quaesumus, ita nos Córporis et Sánguini tui sacra mysteria venerári;* ut redemptionis tuae fructum in nobis iúgiter sentiámus. Qui vivis et regnas in saécula saeculórum.

Oremos. Oh Dios, que en este admirable sacramento nos dejaste el memorial de tú Pasión, te pedimos nos concedas venerar de tal modo los sagrados misterios de tu Cuerpo y de tu Sangre, que experimentemos constantemente el fruto de tu redención. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. R/. Amen.

R/. Amén.

Una vez que ha dicho la oración, el sacerdote o el diácono toma el paño de hombros, hace genuflexión, toma la custodia o el copón, y sin decir nada, traza con el Sacramento la señal de la cruz sobre el pueblo, que devotamente está arrodillado. A continuación se pueden decir las alabanzas de desagratio.

Bendito sea Dios...

Después se hace la reserva, mientras se entona este canto u otro canto eucarístico.

Letanias a Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote



Señor, ten piedad de nosotros
Cristo, ten piedad de nosotros
Señor, ten piedad de nosotros



Cristo Jesús, óyenos
Cristo Jesús, escúchanos

Dios Padre celestial,

R/. Ten misericordia de nosotros

Dios Hijo Redentor del mundo,

Dios Espíritu Santo,

Trinidad Santa, que sois un solo Dios,

- Jesús, Sacerdote y víctima
- Jesús, Sacerdote eterno según el orden de Melquisedec
- Jesús, Sacerdote enviado por el Padre para evangelizar a los pobres
- Jesús, que en la Última Cena instituiste el rito de tu Sacrificio perenne
- Jesús, Sacerdote siempre vivo para interceder por nosotros
- Jesús, Pontífice ungido por el Padre, del Espíritu Santo y de Poder
- Jesús, Pontífice tomado de entre los hombres
- Jesús, Pontífice constituido a favor de los hombres
- Jesús, Pontífice de nuestra fe
- Jesús, Pontífice de la Nueva Alianza más excelsa que la de Moisés
- Jesús, Pontífice del verdadero Santuario
- Jesús, Pontífice de los bienes futuros
- Jesús, Pontífice santo, inocente y casto
- Jesús, Pontífice fiel y misericordioso
- Jesús, Pontífice encendido de celo por Dios y por los hombres
- Jesús, Pontífice perfecto para siempre
- Jesús, Pontífice que con tu propia Sangre penetraste el cielo
- Jesús, Pontífice que nos iniciaste en una nueva vida
- Jesús, Pontífice que nos amaste y lavaste los pecados con tu Sangre
- Jesús, Pontífice que te diste a Ti mismo como Oblación y Víctima a Dios
- Jesús, Oblación de Dios y de los hombres

- Jesús, Oblación Santa e Inmaculada
- Jesús, Oblación mansa
- Jesús, Oblación pacífica
- Jesús, Oblación de reconciliación y paz
- Jesús, Oblación en la cual tenemos confianza y acceso al Padre
- Jesús, Oblación viva por los siglos

- En tu misericordia, **R/. perdónanos, Jesús**

- En tu misericordia, **R/. escúchanos, Jesús**

- De un temerario ingreso en el clero,

R/. Líbranos, Señor.

- De pecado de sacrilegio
- De espíritu de incontinencia
- Del torpe lucro
- De todo pecado de simonía
- De la indigna dispensa
- Del amor del mundo y de su vanidad
- De una indigna celebración de tus misterios

- Por tu eterno sacerdocio

- Por la santa unción con la cual el Padre te constituyó Sacerdote

- Por tu espíritu sacerdotal

- Por el ministerio con el cual glorificaste al Padre en la tierra

- Por la cruenta inmolación de Ti mismo hecha una vez en la cruz

- Por el divino poder, que invisiblemente ejerces por medio de tus ministros

- Para que te dignes conservar en tu santo servicio al orden sacerdotal.

R/. Te rogamos, óyenos.

- Para que te dignes conceder a tu pueblo pastores según tu Corazón

- Para que te dignes llenarlos del espíritu de tu sacerdocio

- Para que los labios de tus ministros guarden tus enseñanzas

- Para que te dignes enviar fieles operarios para tu mies

- Para que te dignes multiplicar los fieles dispensadores de tus misterios

- Para que te dignes darles un servicio perseverante en tu voluntad

- Para que te dignes concederles mansedumbre en el ministerio, acierto en la acción y constancia en la oración

- Para que te dignes promover por medio de ellos el culto al Santísimo Sacramento en todo lugar

- Para que te dignes acoger en tu reino a aquellos que te sirvieron dignamente

- Cordero de Dios

que quitas los pecados del mundo,

R/. Perdónanos, Señor.

- Cordero de Dios

que quitas los pecados del mundo,

R/. Escúchanos, Señor.

- Cordero de Dios

que quitas los pecados del mundo,

R/. ten piedad de nosotros.

Jesús, Sacerdote, **R/. óyenos.**

Jesús, Sacerdote, **R/. escúchanos.**

ORACIÓN

Oh Dios, santificador y guardián de tu Iglesia, suscita en ella por medio de tu Espíritu idóneos y fieles dispensadores de tus misterios, para que, con tu ayuda, el pueblo cristiano por medio de su ministerio y ejemplo sea guiado por el camino de la Salvación. Por Cristo, nuestro Señor. Amén.

Temas de Oración y Reflexión

JORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN POR LAS VOCACIONES 2010
«PUEBLO DE DIOS, TODOS SOMOS SACERDOTES»

SACERDOCIO COMUN

Texto Bíblico 1 Pedro 2,9-10



«Pero ustedes son linaje elegido, sacerdocio real, nación santa y pueblo adquirido par que proclame, las maravillas del que nos llamó de las tinieblas a su maravillosa luz. Los que antes no eran un pueblo, ahora son pueblo de Dios; los que antes no habían alcanzado misericordia ahora la han alcanzado».

I. LECTIO:

Qué dice el texto.

Con referencia a este nuevo pueblo de Dios, el discípulo evoca los títulos de dignidad que exaltaban la función del pueblo de Israel (cfr. Is. 43,20-21; Ex. 19,5-6), para aplicarlos como si se tratara de profecías que tiene su cumplimiento en la comunidad cristiana; -raza elegida, sacerdocio real, nación santa y pueblo adquirido- (9) por la muerte y resurrección de Jesús. Es probable que el creyente de hoy, que ya no está acostumbrado al lenguaje simbólico de la Biblia, no se tome muy en serio esta maravillosa descripción de la vida cristiana que hace el autor de la carta, ni que alcance a comprender la fuerza revolucionaria evangélica que lleva dentro. Por desgracia así ha ocurrido durante mucho tiempo, hasta el Concilio Vaticano II ha puesto de nuevo las palabras de esta carta en el centro mismo de la vida y del compromiso de toda la Iglesia.

¿Qué significa, pues, que todos y cada uno de los cristianos formemos un sacerdocio santo (5)? El discípulo explica dos veces en este apartado. En primer lugar, significa ofrecer –sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo- (5). Con ello se refiere a la vida misma del cristiano, hombre o mujer, se encuentre donde se encuentre u en cualquiera que sea su profesión, ofrecida a Dios como don de amor y portadora de la memoria d Jesús, tal y como nos la presentan los evangelios: su obediencia filial al Padre, su amor incondicional que no conoció barreras, su opción por los pobres, débiles y marginados, su lucha por la igualdad y la justicia hasta derramar su sangre en la cruz por todos nosotros. En esto consistió el sacerdocio de Cristo, y en esto consiste el sacerdocio del cristiano recibido en el bautismo. En segundo lugar, significa proclamar –las maravillas- de los que los llamó de las tinieblas a su maravillosa luz (9). La primera maravilla fue el testimonio de vida; la segunda el anuncio, la proclamación de la palabra viva de la Buena Noticia portadora de la luz de la liberación. O sea, todo cristiano es o debe ser misionero de la Palabra de Dios. La predicación o proclamación del Evangelio no está reservada para unos cuantos expertos, como los obispos y presbíteros. Todo cristiano tiene el derecho y la obligación de anunciar a Jesús, el Salvador, con sus palabras y con el testimonio de su vida.

Si esto es así ¿para que sirven, entonces, los obispos y presbíteros? El ministerio de estos res-

ponsables y pastores de la Iglesia ha sido instituido por el mismo Jesucristo para que, a imitación suya, estén justamente al servicio de la comunidad cristiana y para que ésta siga fiel a su compromiso sacerdotal de vida y testimonio. Como personas bautizadas, son sacerdotes como los demás; como ministros ordenados, reprendan a Jesús en su función de guía y pastor de la comunidad. El discípulo va hablar de ellos en la última parte de su carta.

(Comentario del texto 1Ped 2,9-10 Biblia de nuestro Pueblo de Padre Luis Alonso Shökel SJ, Biblia del peregrino América Latina, ediciones mensajero)

Otros textos Bíblicos para confrontar:

(Ex. 19,5-6; Is. 43,20-21, Deut. 7.6)

2. MEDITATIO:

Resuena la Palabra.

* «Jesucristo, sumo y terno sacerdote, ha deseado que su único e indivisible sacerdocio sea participado a su Iglesia como pueblo de la nueva alianza, en donde los bautizados, por el nuevo nacimiento y la unión con del Espíritu Santo quedan consagrados como casa espiritual y sacerdocio santo y puedan ofrecer sacrificios espirituales». 1 de Pe. 2, 4-10.

* ¿Acaso no sabes que el sacerdocio también ha sido conferido a ti, es decir, a toda la Iglesia de Dios y al pueblo de los creyentes? Escucha cómo habla san Pedro a los fieles: «Linaje elegido», dice, «sacerdocio real, nación santa, pueblo que Dios ha adquirido». Por tanto, tú tienes el sacerdocio, pues eres «linaje sacerdotal», y por ello debes ofrecer a Dios el sacrificio... **Pero para que lo puedas ofrecer dignamente, necesitas vestidos puros, distintos de los que usan los demás hombres, y te hace falta el fuego divino»** Así, por una parte, «los lomos ceñidos» y los «ornamentos sacerdotales»,



es decir, la pureza y la honestidad de vida; y, por otra, tener la «lámpara siempre encendida», es decir, **la fe y el conocimiento de las Escrituras, son las condiciones indispensables para el ejercicio del sacerdocio universal, que exige pureza y honestidad de vida, fe y conocimiento de las Escrituras.** Con mayor razón aún estas condiciones son indispensables, evidentemente, para el ejercicio del sacerdocio ministerial. Estas condiciones —conducta íntegra de vida, pero sobre todo acogida y estudio de la Palabra— establecen una auténtica «jerarquía de la santidad» en el sacerdocio común de los cristianos. (*Catequesis de Su Santidad Benedicto XVI Sobre los Padres de la Iglesia Orígenes (II)*)

* El sacerdocio común o bautismal de los cristianos, como participación real en el sacerdocio de Cristo, constituye una propiedad esencial del Nuevo pueblo de Dios. **«Ustedes son linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido en propiedad»,. 1 Pe, 2, 9.**

* Todos los cristianos somos sacerdotes desde nuestro bautismo. Somos sacerdotes porque vivimos el sacerdocio común por el cual podemos realizar el culto a Dios. Somos pueblo sacerdotal.

* Los exhorto, pues hermanos. Por la misericordia de Dios, que ofrezcan sus cuerpos como una víctima viva, santa, agradable a Dios: tal será su culto espiritual. Y no se acomoden al mundo presente, antes bien transfórmense mediante la renovación de su mente, de forma que puedan distinguir cuál es la voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable, lo perfecto». Rom. 12, 1-2.

3. ORATIO:

Que le digo al Señor

Nuestra oración bendiciendo y proclamando las maravillas del Señor por medio del salmo

Salmo 34(33)

*Bendigo al Señor en todo momento,
Su alabanza está siempre en mi boca.
Yo me siento orgulloso del Señor;
Que lo escuchen los humildes y se alegren.*

*Glorifiquen conmigo al Señor,
Todos juntos alabemos su Nombre*

*...El ángel del Señor acampa
En torno a sus fieles y los protege.*

*Gusten y vean que bueno es el Señor;
¡Feliz quien se refugia en él!
Respeten al Señor sus consagrados que nada les
falta a quienes lo respetan.*

Salmo 40(39)

*¡Cuántas maravillas has hecho tú,
Señor Dios mío,
Cuántos planes a favor nuestro!
¡eres incomparable!
Quisiera anunciarlos, pregonarlos,
Pero superan todo número.*

*Tú no quieres sacrificios ni ofrendas;
Me has abierto el oído;
No pides holocausto ni víctimas
Entonces yo digo; aquí estoy,*

*Como en el libro está escrito de mí,
Deseo cumplir tu voluntad, Dios mío,
llevo tu enseñanza en mis entrañas,*

*He proclamado tu justicia
Ante la gran asamblea,
No, no he cerrado los labios,
Señor, tú lo sabes.*

4. CONTEMPLACIÓN:

Oración de quietud: cómo interiorizo el mensaje

En Cristo somos –Linaje Escogido, Sacerdocio Real, Nación Santa para proclamar las maravillas del Señor-

Repitamos hasta dejarnos invadir de Su presencia en nuestra vida.

. Soy parte de un pueblo consagrado al Señor mi Dios

. Soy parte de un sacerdocio real, nación Santa.

. Sean Santos como mi Padre celestial es Santo.

. Mi vida proclama las grandezas de Dios.

5. ACCIÓN:

Encuentra lo que la Palabra te invita a hacer en ti mismo y para los demás, aplica lo que la Palabra de Dios te sugiere para la vida cotidiana.

Con la contemplación que he hecho de ser parte de un pueblo elegido, sacerdocio real, nación santa cual es mi papel dentro de la Iglesia.

- ❖ Sentir el privilegio que Dios tiene para mí al ser elegido.
- ❖ Nuestro Dios y Señor Jesucristo el único sumo y eterno sacerdote nos invita a ser una Iglesia Santa, agradable a Dios.
- ❖ Estoy dentro de un Pueblo elegido en la Iglesia: Como pueblo elegido sacerdotal ¿profeso con mi vida: una sola fe, un solo bautismo, una misma dignidad por su nuevo nacimiento en Cristo, la misma gracia, la misma vocación a la santidad?
- ❖ ¿Ejercer mi sacerdocio bautismal mediante en ofrecimiento y testimonio de una vida santa y de una caridad eficaz con el necesitado?
- ❖ Si la fe y el conocimiento de las Escrituras, son las condiciones indispensables para el ejercicio del sacerdocio universal, que exige pureza y honestidad de vida, fe y conocimiento de las Escrituras. ¿Como alimento mi fe y conocimiento de las Escrituras?

EL BUEN PASTOR

Texto Bíblico Juan 10,11-16

Yo soy el buen pastor, el buen pastor da la vida por sus ovejas. El asalariado, que no es pastor ni dueño de las ovejas, cuando ve venir al lobo, escapa abandonando las ovejas, y el lobo las arrebató y dispersa. Como es asalariado no le importan las ovejas. Yo soy el buen pastor: conozco a mis ovejas y ellas me conocen a mí, como el Padre me conoce y yo conozco al Padre; y doy la vida por las ovejas. Tengo otras ovejas que no pertenecen a este corral; a esas tengo que guiarlas para que escuchen mi voz y se forme un solo rebaño con un solo pastor.

I. LECTIO:

Qué dice el texto

Literalmente hablando este discurso simbólico está construido con materiales procedentes del Antiguo Testamento. En particular se halla presente y subyacente Ez 34 y 37,16ss, donde se encuentra la llave para la comprensión de la metáfora del pastor y del rebaño. Su contenido esencial se centra en que los dirigentes de Israel son falsos pastores. Precisamente por eso son destituidos por el Señor mismo de su ministerio. En su lugar él mismo buscará y cuidará a su rebaño; y pondrá al frente del mismo a un pastor-Mesías de la línea de David. Él librará a su rebaño de todo mal. Así es como lo presenta Ezequiel en la gran visión profética que nos ofrece en Ez. 34.



La descripción que nos ofrece el evangelio de Juan sobre Jesús como buen pastor pretende afirmar que la promesa de Dios, anunciado por Ezequiel, se cumple en él. El buen pastor es Dios encarnado: *Yo mismo iré a buscar a mis ovejas y las reuniré (Ez. 34,11)*; es él quien da su vida por las ovejas, para que estas tengan la plenitud de la vida (Juan 10,10). El parabolista acentúa como característica del pastor «ideal», de «el bueno», el poner la vida. Así se expresa el texto griego. Una fórmula que nunca tiene sentido de entregarla a la muerte. Si el pastor muriera las ovejas correrían la misma suerte. Quedarían expuestas al peligro mortal del lobo o de otros animales rapaces. Poner la vida significa exponerla, arriesgarla, para defender a aquellos que están sometidos a un peligro mortal. Es «jugarse la vida» para liberar de la muerte a aquellos que están amenazados por ella. Como lo hizo David que, como pastor «ideal» puso en peligro su vida para defender a las ovejas de su padre (1Sm 17,34-34). Aducimos el ejemplo de David porque es la figura mesiánica. Se convierte, en la pluma del evangelista, en el símbolo más claro de Jesús.

Comentario al Nuevo Testamento
Casa de la Biblia

Otros textos Bíblicos para confrontar: Salmo 23, Salmo 80, Ezequiel 34

2. MEDITACIO:

Resuena la Palabra.

*»Yo soy» es el nombre de Yahaveh, el nombre, el sonido con el que Dios se da a conocer a Moisés... este nombre es usado por Jesús a lo largo de su vida, de su predicación y sobre todo de su hacer: «cuando hayáis levantado al Hijo del Hombre

entonces sabréis que yo soy» (Jn 8,28; 8,24).

* «Yo soy el Buen Pastor» (v.11 el que da la vida por mi, por ti, y por todos...; el que no abandona, el que no huye ante el peligro de cada uno de los suyos; el pastor al que le importan cada una de las ovejas.

* «Yo soy»... el que conoce a cada una y se da a conocer a cada cual según sabe conocer. Entre el Pastor bueno y yo existe el mismo conocimiento de intimidad que entre el Padre y el Hijo.

* «Yo doy la vida por la ovejas» (v.15). «Por eso me ama el Padre porque yo entrego mi vida...» (v. 17). No es fácil comprender, hoy, que el pastor sigue entregando la vida a ti, a mi y a ese que pasa. «Nadie me la quita si no que yo la entrego libremente» (v 18); así nos trata el Pastor, con esa libertad liberadora, que es donadora de vida.

*Esta es la misión del Pastor: dar la vida y vivir para que los suyos encuentren alimento abundante. Los suyos desbordan todo límite y todo redil, están entre nosotros y lejos de nosotros «tengo además otras,, las tengo que atraer,, y escucharan mi voz... y habrá un solo rebaño y un solo pastor» (v.16)

3. ORATIO:

Que le digo al Señor

Nuestra oración puede expresarse en el espléndido texto del Salmo 23 apropiándonos de la experiencia del creyente que lo llena de confianza plena porque el Señor es su Pastor.

*Tú eres mi pastor nada me falta
Por verdes prados, de fresca hierba
Me apacientas*

*A aguas tranquilas me conduces
Allí reparo yo mis fuerzas
Oh señor*

*Tu mano me guía por cañadas seguras
Haciendo honor a tu santo nombre
Mi Dios*

*Aunque pase por valle de tiniebla
Ningún mal yo temeré
Porque tú vienes conmigo
Y tu vara y tu cayado me sosiegan
¡oh Señor!*

*Tú eres mi pastor, nada me falta
Preparas ante mí una mesa de delicias
Y unges con óleo mi cabeza
Rebosante esta mi copa de salvación.*

*Dicha y gracia me acompañaran
Por tu amor y tu bondad
Todos los días de mi vida
Y yo habitaré en tu casa
Oh Señor por la eternidad.*

4. CONTEMPLACIÓN.

Oración de quietud: cómo interiorizo el mensaje

Disfruta de la presencia del Señor tu Buen Pastor en un silencio total de tu corazón.

A ejemplo del Buen Pastor que es figura de la persona de Cristo y que se completa en el salmo 23 abandonémonos en Dios que siempre nos lleva a esas aguas tranquilas, nos alimenta y nos conoce.

Saborea la Presencia del Señor:

Repitamos hasta dejarnos invadir de Su presencia en nuestra vida.

. *Yo doy mi vida*

. *Yo soy la vida*

. *Conozco a las mías*

. *Señor Tú eres mi pastor por eso nada me falta*

. *Señor, contigo nada temo*

5. ACCIÓN.

Encuentra lo que la Palabra te invita a hacer en ti mismo y para los demás, aplica lo que la Palabra de Dios te sugiere para la vida cotidiana.

Con la contemplación que he hecho del Amor del Señor como Buen Pastor que esta atento siempre a mi y cada uno:

- ❖ Reanudar mi confianza total en El, que da su vida por mí.
- ❖ Él me conoce y sigue mis pasos por lo que me abandono a Su amor y gracia. Así como me conoce ¿Yo también conozco a quienes sirvo y los llevo a Jesús y en El al Padre?.
- ❖ Así como soy conducido por el Señor a aguas tranquilas, ¿Mi vida es canal para conducir a los demás a esas aguas tranquilas?.

(Las siguientes frases están tomadas de S.S. Benedicto XVI)

- ❖ Al igual que Jesús el Buen Pastor: Mi vida es señalar el camino, ¿Soy el primero en hacer lo que pido que hagan los demás?.
- ❖ Al igual que Jesús Buen Pastor ¿Voy delante de mi grey en la entrega total de mi vida hasta la cruz?.
- ❖ Al igual que Jesús Buen Pastor: ¿Mi vida cotidiana la lleno de tiempos para los demás y de tiempos para el Señor?.

(- Escrito por Jesús de las Heras Muela – Director de Ecclesia – miércoles, 22 de julio de 2009

(Ideas principales de Benedicto XVI sobre el sacerdocio en el contexto del Año Sacerdotal -Al estilo del Buen Pastor-)



«En Cristo, Dios se ha mostrado como Razón y Amor»

BENEDICTO XVI

VISITA AL PONTIFICIO SEMINARIO ROMANO MAYOR

JUAN 15,1-17



Eminencia, excelencias, queridos amigos:

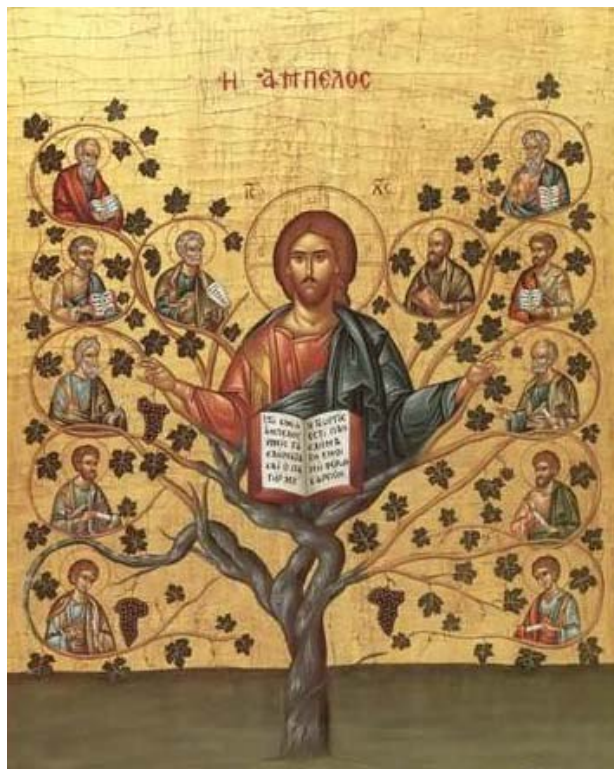
Cada año es para mí una gran alegría estar con los seminaristas de la diócesis de Roma, con los jóvenes que se preparan para responder a la llamada del Señor y ser trabajadores en su viña, sacerdotes de su misterio. Esta es la alegría de ver que la Iglesia vive, que el futuro de la Iglesia está presente también en nuestras tierras, también en Roma.

En este Año sacerdotal, queremos estar especialmente atentos a las palabras del Señor concernientes a nuestro servicio. El pasaje del Evangelio que acabamos de leer habla indirecta, pero profundamente, de nuestro Sacramento, de nuestra llamada a estar en la viña del Señor, a ser servidores de su misterio.

En este breve pasaje, encontramos algunas palabras clave que dan la indicación del anuncio que el Señor quiere hacer con este texto. «Permanecer»: en este breve pasaje, encontramos diez veces la palabra «permanecer»; luego, el mandamiento nuevo: «Que se amen los unos a los otros como yo los he amado», «no los llamo ya siervos, a ustedes los he llamado amigos»,

«para que vayan y den fruto»; y, por último: «Pidan lo que quieran y lo conseguirán, se les concederá el gozo». Oremos al Señor para que nos ayude a entrar en el sentido de sus palabras, para que estas palabras penetren en nuestro corazón y, así, sean camino y vida en nosotros, con nosotros y a través nuestro.

La primera palabra es: «Permaneced en mí, en mi amor». Permanecer en el Señor es fundamental como primer tema de este pasaje. Permanecer: ¿dónde? En el amor, en el amor de Cristo, en el ser amados y en el amar al Señor. Todo el capítulo 15 concreta el lugar donde permanecer, porque los primeros ocho versículos exponen y presentan la parábola de la vid: «Yo soy la vid; ustedes los sarmientos». La vid es una imagen veterotestamentaria que encontramos tanto en los profetas como en los salmos, y tiene dos significados: es una parábola para el pueblo de Dios, que es su viña. ¿Con qué intención ha plantado una vid en este mundo, ha cultivado esta vid, ha cultivado su viña, ha protegido su viña? Naturalmente con la intención de encontrar fruto, de encontrar el don precioso de la uva, del buen vino.



Así aparece el segundo significado: el vino es símbolo, es expresión de la alegría del amor. El Señor ha creado su pueblo para encontrar la respuesta de su amor y así esta imagen de la vid, de la viña, tiene un significado esponsal, es expresión del hecho de que Dios busca el amor de su criatura, quiere entrar en una relación de amor, en una relación esponsal con el mundo mediante el pueblo que él ha elegido.

Pero luego la historia concreta es una historia de infidelidad: en lugar de uva preciosa, se producen sólo pequeñas «cosas incomedibles», no llega la respuesta de este gran amor, no nace esta unidad, esta unión sin condiciones entre el hombre y Dios, en la comunión del amor. El hombre se retira en sí mismo, se quiere tener a sí mismo sólo para sí, quiere tener a Dios para sí, quiere tener el mundo para sí. Y así, la viña es devastada, vienen el jabalí del bosque y todos los enemigos, y la viña se convierte en un desierto.

Pero Dios no se rinde: Dios encuentra un modo nuevo para llegar a un amor libre, irrevocable, al fruto de ese amor, a la uva verdadera. Dios se hace hombre y así él mismo se convierte en la raíz de la vid, se convierte él mismo en vid, y así la vid llega a ser indestructible. Este pueblo de Dios no puede ser destruido, porque Dios mismo ha entrado en él, se ha implantado en esta tierra. El nuevo pueblo de Dios está realmente fundado en Dios mismo, que se hace hombre y así nos llama a ser en él la nueva vid y nos llama a estar, a permanecer en él.

Además, tengamos presente que en el capítulo 6 del Evangelio de san Juan, encontramos el discurso sobre el pan, que es el gran discurso sobre el misterio eucarístico. En este capítulo 15 tenemos el discurso sobre el vino: el Señor no habla explícitamente de la Eucaristía, pero naturalmente tras el misterio del vino está la realidad de que él se ha hecho fruto y vino por nosotros, de que su sangre es el fruto del amor que nace de la tierra para siempre y, en la Eucaristía, su sangre se convierte en nuestra sangre, nos renueva, recibimos una nueva identidad, porque la sangre de Cristo se convierte en nuestra sangre. Así estamos emparentados con Dios en el Hijo y en la Eucaristía se hace realidad esta gran realidad de la vid en la cual nosotros somos los sarmientos unidos con el Hijo y así unidos con el amor eterno.

«Permaneced»: permanecer en este gran misterio, permanecer en este don nuevo del Señor, que nos ha hecho pueblo en sí mismo, en su cuerpo y con su sangre. Creo que debemos meditar mucho este misterio, es decir, que Dios mismo se hace cuerpo, se hace uno con nosotros; sangre, uno con nosotros; que podemos permanecer -permaneciendo en este misterio- en comunión con Dios mismo, en esta gran historia de amor, que es la historia de la verdadera felicidad. Meditando este don -Dios se ha hecho uno con todos nosotros y, al mismo tiempo, nos hace uno a todos, una vid- también debemos comenzar a rezar a fin de que este misterio penetre cada vez más en nuestra mente, en nuestro corazón, y seamos cada vez más capaces de ver y de vivir la grandeza del misterio, y comenzar así a realizar este imperativo: «Permaneced».

Si seguimos leyendo atentamente este pasaje del Evangelio de san Juan, encontramos también otro imperativo: «Permaneced» y «guardad mis mandamientos». «Guardad» es sólo el segundo nivel; el primero es el de «permanecer», el nivel ontológico, es decir, que estamos unidos a él, que nos ha dado su persona anticipadamente, ya nos ha dado su amor, el fruto. No somos nosotros quienes debemos producir el gran fruto; el cristianismo no es un moralismo, no somos nosotros quienes debemos hacer todo lo que Dios se espera del mundo, sino que ante todo debemos entrar en este misterio ontológico: Dios se da a sí mismo. Su ser, su amor, precede a nuestro actuar y, en el contexto de su cuerpo, en el contexto del estar en él, identificados con él, ennoblecidos con su sangre, también nosotros podemos actuar con Cristo.

La ética es consecuencia del ser: primero el Señor nos da un nuevo ser, este es el gran don; el ser precede al actuar y a este ser sigue luego el actuar, como una realidad orgánica, para que lo que somos podamos serlo también en nuestra actividad. Por lo tanto, demos gracias al Señor porque nos ha sacado del puro moralismo; no podemos obedecer a una ley que está frente a nosotros, pero debemos sólo actuar según nuestra nueva identidad. Por consiguiente, ya no es una obediencia, algo exterior, sino una realización del don del nuevo ser.

Lo digo una vez más: demos gracias al Señor porque él nos precede, nos da todo lo que debemos darle nosotros, y nosotros podemos ser después, en

la verdad y en la fuerza de nuestro nuevo ser, agentes de su realidad. Permanecer y guardar: guardar es el signo del permanecer y el permanecer es el don que él nos da, pero que debe ser renovado cada día en nuestra vida.

Sigue luego este mandamiento nuevo: «Amaos como yo los he amado». Ningún amor es más grande que «dar la vida por los amigos». ¿Qué significa? Tampoco aquí se trata de un moralismo. Se podría decir: «No es un mandamiento nuevo; el mandamiento de amar al prójimo como a sí mismo ya existe en el Antiguo Testamento». Algunos afirman: «Es preciso radicalizar todavía más este amor; este amor al otro debe imitar a Cristo, que se ha entregado por nosotros; debe ser un amor heroico, hasta el don de sí mismos». Pero en este caso el cristianismo sería un moralismo heroico. Es verdad que debemos alcanzar esta radicalidad del amor, que Cristo nos ha mostrado y donado, pero también aquí la verdadera novedad no es lo que hacemos nosotros, la verdadera novedad es lo que hace él: el Señor nos ha donado su persona, y el Señor nos ha dado la verdadera novedad de ser miembros suyos en su cuerpo, de ser sarmientos de la vid que es él. Por lo tanto, la novedad es el don, el gran don, y al don, a la novedad del don, sigue también, como he dicho, el actuar nuevo.

Santo Tomás de Aquino lo dice de modo muy preciso cuando escribe: «La nueva ley es la gracia del Espíritu Santo» (*Summa theologiae*, i-ii, q. 106, a. 1). La nueva ley no es otro mandamiento más difícil que los demás: la nueva ley es un don, la nueva ley es la presencia del Espíritu Santo que se nos da en el sacramento del Bautismo, en la Confirmación, y cada día en la santísima Eucaristía. Aquí los Padres han distinguido «*sacramentum*» y «*exemplum*». «*Sacramentum*» es el don del nuevo ser, y este don también se convierte en ejemplo para nuestro actuar, pero el «*sacramentum*» precede, y nosotros vivimos del sacramento. Aquí vemos la centralidad del sacramento, que es centralidad del don.

Procedamos en nuestra reflexión. El Señor dice: «No los llamo ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a ustedes los he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre se los he dado a conocer». Ya no siervos, que obedecen al mandamiento, sino amigos que conocen,

que están unidos en la misma voluntad, en el mismo amor. La novedad, por lo tanto, es que Dios se ha dado a conocer, que Dios se ha mostrado, que Dios ya no es el Dios ignoto, buscado pero no encontrado o sólo adivinado de lejos. Dios se ha dejado ver: en el rostro de Cristo vemos a Dios, Dios se ha hecho «conocido», y así nos ha hecho amigos. Pensemos como en la historia de la humanidad, en todas las religiones arcaicas, se sabe que existe un Dios. Este es un conocimiento inmerso en el corazón del hombre, que Dios es uno, los dioses no son «el» Dios. Pero este Dios queda muy lejos, parece que no se da a conocer, no se hace amar, no es amigo, sino que está lejos. Por eso, las religiones se ocupan poco de este Dios; la vida concreta se ocupa de los espíritus, de las realidades concretas que encontramos cada día y con las cuales debemos echar cuentas diariamente. Dios permanece lejano.

Después vemos el gran movimiento de la filosofía: pensemos en Platón, Aristóteles, que comienzan a intuir que este Dios es el *Çgaqn*, la bondad misma, es el *eros* que mueve el mundo y, sin embargo, este sigue siendo un pensamiento humano, es una idea de Dios que se acerca a la verdad, pero es una idea nuestra y Dios sigue siendo el Dios escondido.

Hace poco me escribió un profesor de Ratisbona, un profesor de física, que había leído con gran retraso mi discurso en la Universidad de Ratisbona, para decirme que no podía estar de acuerdo con mi lógica o podía estarlo sólo en parte. Dijo: «Ciertamente me convence la idea de que la estructura racional del mundo exija una razón creadora, la cual ha hecho esta racionalidad que no se explica por sí misma». Y proseguía: «Pero si bien existe un demiurgo -se expresa así-, un demiurgo me parece seguro por lo que usted dice, no veo que exista un Dios amor, bueno, justo y misericordioso. Puedo ver que existe una razón que precede a la racionalidad del cosmos, pero lo demás no». Y de este modo Dios permanece escondido. Es una razón que precede a nuestras razones, nuestra racionalidad, la racionalidad del ser, pero no existe un amor eterno, no existe la gran misericordia que nos da para vivir.

Y en Cristo, Dios se ha mostrado en su verdad total, ha mostrado que es razón y amor, que la razón

eterna es amor y así crea. Lamentablemente, también hoy muchos viven alejados de Cristo, no conocen su rostro y, así, la eterna tentación del dualismo, que se esconde también en la carta de este profesor, se renueva siempre, es decir, que quizá no existe sólo un principio bueno, sino también un principio malo, un principio del mal; que el mundo está dividido y son dos realidades igualmente fuertes: el Dios bueno es sólo una parte de la realidad. También en la teología, incluida la católica, se difunde actualmente esta tesis: Dios no sería omnipotente. De este modo se busca una apología de Dios, que así no sería responsable del mal que encontramos ampliamente en el mundo. Pero ¡qué apología tan pobre! ¡Un Dios no omnipotente! ¡El mal no está en sus manos! ¿Cómo podríamos encomendarnos a este Dios? ¿Cómo podríamos estar seguros de su amor si este amor acaba donde comienza el poder del mal?

Pero Dios ya no es desconocido: en el rostro de Cristo crucificado vemos a Dios y vemos la verdadera omnipotencia, no el mito de la omnipotencia. Para nosotros, los hombres, la potencia, el poder siempre se identifica con la capacidad de destruir, de hacer el mal. Pero el verdadero concepto de omnipotencia que se manifiesta en Cristo es precisamente lo contrario: en él la verdadera omnipotencia es amar hasta tal punto que Dios puede sufrir: aquí se muestra su verdadera omnipotencia, que puede llegar hasta el punto de un amor que sufre por nosotros. Y así vemos que él es el verdadero Dios y el verdadero Dios, que es amor, es poder: el poder del amor. Y nosotros podemos encomendarnos a su amor omnipotente y vivir en él, con este amor omnipotente.

Pienso que debemos meditar de nuevo esta realidad, siempre, agradecer a Dios que se haya manifestado, porque conocemos su rostro, le conocemos cara a cara; ya no es como Moisés que podía ver sólo la espalda del Señor. También esta es una idea bonita, de la cual san Gregorio de Niza dice: «Ver sólo la espalda significa que debemos ir siempre detrás de Cristo». Pero, al mismo tiempo, con Cristo Dios ha mostrado su cara, su rostro. El velo del templo está rasgado, está abierto, el misterio de Dios es visible. El primer mandamiento, que excluye imágenes de Dios, porque sólo disminuirían la realidad, ha cambiado, se ha renovado, tiene otra forma. Ahora podemos, en el hombre Cristo, ver el

rostro de Dios, podemos tener iconos de Cristo y ver así quién es Dios.

Pienso que quien ha entendido esto, quien se ha dejado tocar por este misterio, que Dios se ha desvelado, ha rasgado el velo del templo, mostrado su rostro, encuentra una fuente de alegría permanente. Sólo podemos decir: «Gracias. Sí, ahora sabemos quién eres, quién es Dios y cómo responder a él». Y pienso que esta alegría de conocer a Dios que se ha manifestado, revelado hasta lo íntimo de su ser, implica también la alegría del comunicar: quien ha entendido esto, vive tocado por esta realidad, tiene que hacer como hicieron los primeros discípulos que fueron a decir a sus amigos y hermanos: «Hemos encontrado a aquel de quien hablan los profetas. Ahora está presente». La misión no es algo añadido exteriormente a la fe, sino la dinámica misma de la fe. Quien ha visto, quien ha encontrado a Jesús, tiene que ir a decir a sus amigos: «Lo hemos encontrado, es Jesús, crucificado por nosotros».

Prosiguiendo, el texto dice: «Os he destinado para que vayáis y deis fruto, y que vuestro fruto permanezca». Con esto volvemos al inicio, a la imagen, a la parábola de la vid: ha sido creada para dar fruto. ¿Y cuál es el fruto? Como hemos dicho, el fruto es el amor. En el Antiguo Testamento, con la Torá como primera etapa de la autorrevelación de Dios, el fruto se comprendía como justicia, es decir, vivir según la Palabra de Dios, vivir en la voluntad de Dios, y así vivir bien.

Esto queda, pero al mismo tiempo se ve excedido: la verdadera justicia no consiste en una obediencia a algunas normas, sino que es amor, amor creativo, que encuentra por sí solo la riqueza, la abundancia del bien. Abundancia es una de las palabras clave del Nuevo Testamento, Dios mismo da siempre con abundancia. Para crear al hombre, crea esta abundancia de un cosmos inmenso; para redimir al hombre se da a sí mismo, en la Eucaristía se da a sí mismo. Y quien está unido a Cristo, quien es sarmiento en la vid, vive de esta ley, no pregunta: «¿Todavía puedo o no puedo hacer esto?», «¿debo o no debo hacer esto?», sino que vive en el entusiasmo del amor que no pregunta: «esto todavía es necesario o está prohibido», sino que, simplemente, en la creatividad del amor, quiere vivir con Cristo y para Cristo y entregarse totalmente a sí mismo por

él y así entrar en la alegría del dar fruto. Recordemos también que el Señor dice: «Os he destinado para que vayáis»: es el dinamismo que vive en el amor de Cristo; ir, es decir, no quedarme sólo para mí, ver mi perfección, garantizarme la felicidad eterna, sino olvidarme de mí mismo, ir como Cristo fue, ir como Dios fue desde su inmensa majestad hasta nuestra pobreza, para encontrar fruto, para ayudarnos, para darnos la posibilidad de llevar el verdadero fruto del amor. Cuanto más llenos estemos de esta alegría de haber descubierto el rostro de Dios, tanto más el entusiasmo del amor será real en nosotros y dará fruto.

Y, para concluir, llegamos a la última palabra de este pasaje: «Les digo: «todo lo que pidan al Padre en mi nombre se los concederá»». Una breve catequesis sobre la oración, que siempre nos sorprende de nuevo. Dos veces en este capítulo 15 el Señor dice «lo que pidan les doy» y otra vez en el capítulo 16. Y nosotros querríamos decir: «No, Señor, no es verdad». Cuántas oraciones buenas y profundas de madres que rezan por el hijo que está muriendo y no son escuchadas, cuántas oraciones para que suceda alguna cosa buena y el Señor no escucha. ¿Qué significa esta promesa? En el capítulo 16 el Señor nos da la clave para comprender: nos dice cuánto nos da, qué es este todo, la *xarÆ*, la alegría: si uno ha encontrado la alegría ha encontrado todo y ve todo en la luz del amor divino. Como san Francisco, que compuso la gran poesía sobre la creación en una situación desolada y, sin embargo, precisamente allí, cerca del Señor sufriente, redescubrió la belleza del ser, la bondad de Dios, y compuso esta gran poesía.

Es útil recordar, al mismo tiempo, algunos versículos del Evangelio de san Lucas, donde el Señor, en una parábola, habla de la oración diciendo: «Si, pues, ustedes, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a sus hijos, cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan». El Espíritu Santo -en el Evangelio de san Lucas- es alegría, en el Evangelio de san Juan es la misma realidad: la alegría es el Espíritu Santo y el Espíritu Santo es la alegría, o, en otras palabras, de Dios no pedimos algo pequeño o grande, de Dios invocamos el don divino, Dios mismo; este es el gran don que Dios nos da: Dios mismo. En este sentido debemos aprender a rezar, rezar por la gran reali-

dad, por la realidad divina, para que él nos dé su persona, nos dé su Espíritu y de este modo podamos responder a las exigencias de la vida y ayudar a los demás en sus sufrimientos. Naturalmente, el Padre Nuestro nos lo enseña. Podemos rezar por muchas cosas, en todas nuestras necesidades podemos pedir: «¡Ayúdame!». Esto es muy humano y Dios es humano, como hemos visto; por lo tanto, es justo pedir a Dios también por las pequeñas cosas de nuestra vida de todos los días.

Pero, al mismo tiempo, rezar es un camino, diría una escalera: debemos aprender cada vez más por qué podemos rezar y por qué no podemos rezar, porque son expresiones de mi egoísmo. No puedo rezar por cosas que son dañinas para los demás, no puedo rezar por cosas que favorecen mi egoísmo, mi soberbia. Así rezar, ante los ojos de Dios, se convierte en un proceso de purificación de nuestros pensamientos, de nuestros deseos. Como dice el Señor en la parábola de la vid: debemos ser podados, purificados, cada día; vivir con Cristo, en Cristo, permanecer en Cristo, es un proceso de purificación, y sólo en este proceso de lenta purificación, de liberación de nosotros mismos y de la voluntad de tener sólo nosotros, está el camino verdadero de la vida, se abre el camino de la alegría.

Como ya hemos apuntado, todas estas palabras del Señor tienen un fondo sacramental. El fondo fundamental de la parábola de la vid es el Bautismo: estamos implantados en Cristo; y la Eucaristía: somos un pan, un cuerpo, una sangre, una vida con Cristo. Y así también este proceso de purificación tiene un fondo sacramental: el sacramento de la Penitencia, de la Reconciliación en el cual aceptamos esta pedagogía divina que día a día, a lo largo de toda la vida, nos purifica y nos hace miembros cada vez más verdaderos de su cuerpo. De este modo podemos aprender que Dios responde a nuestras oraciones, a menudo con su bondad responde también a las oraciones pequeñas, pero con frecuencia también las corrige, las transforma y las guía para que seamos finalmente y realmente sarmientos de su Hijo, de la vid verdadera, miembros de su cuerpo.

Agradecemos a Dios la grandeza de su amor, recemos para que nos ayude a crecer en su amor, a permanecer realmente en su amor.

«Jesucristo Rey y Sacerdote»

BENEDICTO XVI

HBR 5,1-10; 7,26-28; 8,1-2.



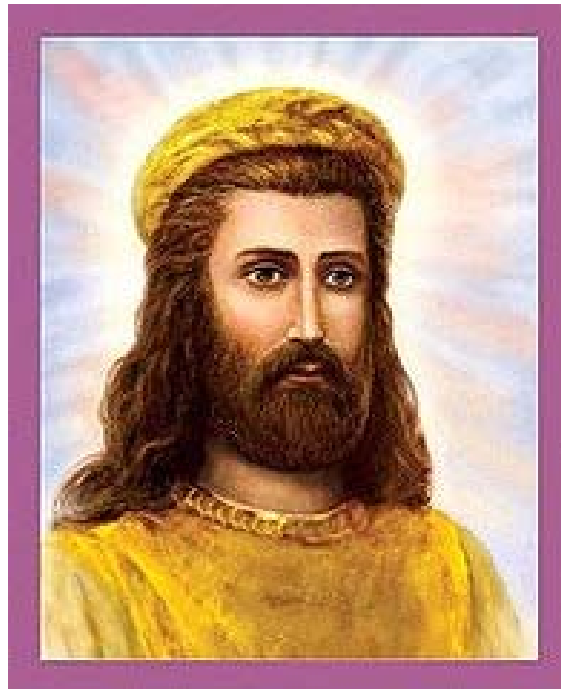
Eminencia; queridos hermanos en el episcopado y en el sacerdocio:

Iniciar siempre la **Cuaresma** con mi presbiterio, con los presbíteros de Roma, es una tradición que me llena de gozo, y también es importante para mí. Así, como Iglesia particular de Roma, pero también como Iglesia universal, podemos emprender este camino esencial con el Señor hacia la Pasión, hacia la cruz, el camino pascual.

Este año queremos meditar los pasajes de la carta a los Hebreos que acabamos de leer. El autor de esta carta abrió un camino nuevo para entender el Antiguo Testamento como libro que habla de Cristo. La tradición precedente había visto a Cristo sobre todo, esencialmente, según la clave de la promesa davídica, del verdadero David, del verdadero Salomón, del verdadero rey de Israel, verdadero rey porque era hombre y Dios. Y la inscripción en la cruz realmente había anunciado al mundo esta realidad: ya está presente el verdadero rey de Israel, que es el rey del mundo; el rey de los judíos está colgado en la cruz. Es una proclamación de la realeza de Jesús, del cumplimiento de la espera mesiánica del Antiguo Testamento, que, en el fondo del corazón, es una expectativa de todos los hombres que esperan al verdadero rey, que da justicia, amor y fraternidad.

Pero el autor de la carta a los Hebreos descubrió una cita del salmo 110, 4 que hasta ese momento

había pasado desapercibida: «Tú eres sacerdote eterno, según el rito de Melquisedec». Esto significa que Jesús no sólo cumple la promesa davídica, la espera del verdadero rey de Israel y del mundo, sino que realiza también la promesa del verdadero Sacerdote. En parte del Antiguo Testamento, sobre todo también en Qumrán, existen dos líneas separadas de espera: el Rey y el Sacerdote. El autor de la carta a los Hebreos, al descubrir este versículo, comprendió que en Cristo están unidas las dos promesas: Cristo es el verdadero Rey, el Hijo de Dios — según el salmo 2, 7 que cita — pero es también el verdadero Sacerdote.



Así, todo el mundo cultural, toda la realidad de los sacrificios, del sacerdocio, que se encuentra en búsqueda del verdadero sacerdocio, del verdadero sacrificio, encuentra en Cristo su clave, su cumplimiento y, con esta clave, puede releer el Antiguo

Testamento y mostrar que precisamente también la ley cultural, que quedó abolida después de la destrucción del Templo, en realidad iba hacia Cristo; por lo tanto, no quedó simplemente abolida, sino que fue renovada, transformada, puesto que en Cristo todo encuentra su sentido. El sacerdocio se muestra entonces en su pureza y en su verdad profunda.

De este modo, la carta a los Hebreos presenta el tema del sacerdocio de Cristo, Cristo sacerdote, en tres niveles: el sacerdocio de Aarón, el del Templo;

Melquisedec; y Cristo mismo, como el verdadero sacerdote. También el sacerdocio de Aarón, pese a ser diferente del de Cristo; pese a ser, por decirlo así, sólo una búsqueda, un caminar en dirección a Cristo, en cualquier caso es «camino» hacia Cristo, y ya en este sacerdocio se delinearán los elementos esenciales. Luego Melquisedec —volveremos sobre este punto— que es un pagano. El mundo pagano entra en el Antiguo Testamento, entra con una figura misteriosa, sin padre, sin madre —dice la carta a los Hebreos—, sencillamente aparece, y en él aparece la verdadera veneración del Dios Altísimo, del Creador del cielo y de la tierra. Así, también del mundo pagano viene la espera y la prefiguración profunda del misterio de Cristo. En Cristo mismo todo queda sintetizado, purificado y guiado a su fin, a su verdadera esencia.

Veamos ahora, en la medida de lo posible, cada elemento acerca del sacerdocio. De la Ley, del sacerdocio de Aarón aprendemos dos cosas, nos dice el autor de la carta a los Hebreos: para ser realmente mediador entre Dios y el hombre, el sacerdote debe ser hombre. Esto es fundamental y el Hijo de Dios se hizo hombre precisamente para ser sacerdote, para poder realizar la misión del sacerdote. Debe ser hombre —volveremos sobre este punto—, pero por sí mismo no puede hacerse mediador hacia Dios. El sacerdote necesita una autorización, una institución divina, y sólo perteneciendo a las dos esferas —la de Dios y la del hombre— puede ser mediador, puede ser «puente». Esta es la misión del sacerdote: combinar, conectar estas dos realidades aparentemente tan separadas, es decir, el mundo de Dios —lejano a nosotros, a menudo desconocido para el hombre— y nuestro mundo humano. La misión del sacerdocio es ser mediador, puente que enlaza, y así llevar al hombre a Dios, a su redención, a su verdadera luz, a su verdadera vida.

Como primer punto, por lo tanto, el sacerdote debe estar de la parte de Dios, y solamente en Cristo se realiza plenamente esta necesidad, esta condición de la mediación. Por eso era necesario este Misterio: el Hijo de Dios se hace hombre para que haya un verdadero puente, una verdadera mediación. Los demás deben tener al menos una autorización de Dios o, en el caso de la Iglesia, el Sacramento, es decir, introducir nuestro ser en el ser de Cristo,

en el ser divino. Sólo podemos realizar nuestra misión con el Sacramento, el acto divino que nos crea sacerdotes en comunión con Cristo. Y esto me parece un primer punto de meditación para nosotros: la importancia del Sacramento. Nadie se hace sacerdote por sí mismo; sólo Dios puede atraerme, puede autorizarme, puede introducirme en la participación en el misterio de Cristo; sólo Dios puede entrar en mi vida y tomarme en sus manos. Este aspecto del don, de la precedencia divina, de la acción divina, que nosotros no podemos realizar, esta pasividad nuestra —ser elegidos y tomados de la mano por Dios— es un punto fundamental en el cual entrar. Debemos volver siempre al Sacramento, volver a este don en el cual Dios me da todo lo que yo no podría dar nunca: la participación, la comunión con el ser divino, con el sacerdocio de Cristo.

Hagamos que esta realidad sea también un factor práctico de nuestra vida: si es así, un sacerdote debe ser realmente un hombre de Dios, debe conocer a Dios de cerca, y lo conoce en comunión con Cristo. Por lo tanto, debemos vivir esta comunión; y la celebración de la santa misa, la oración del Breviario, toda la oración personal, son elementos del estar con Dios, del ser hombres de Dios. Nuestro ser, nuestra vida, nuestro corazón deben estar fijos en Dios, en este punto del cual no debemos salir, y esto se realiza, se refuerza día a día, también con breves oraciones en las cuales nos unimos de nuevo a Dios y nos hacemos cada vez más hombres de Dios, que viven en su comunión y así pueden hablar de Dios y guiar hacia Dios.

El otro elemento es que el sacerdote debe ser hombre. Hombre en todos los sentidos, es decir, debe vivir una verdadera humanidad, un verdadero humanismo; debe tener una educación, una formación humana, virtudes humanas; debe desarrollar su inteligencia, su voluntad, sus sentimientos, sus afectos; debe ser realmente hombre, hombre según la voluntad del Creador, del Redentor, porque sabemos que el ser humano está herido y la cuestión «qué es el hombre» queda ofuscada por el hecho del pecado, que ha herido hasta lo más íntimo la naturaleza humana. Así se dice: «ha mentado», «es humano»; «ha robado», «es humano»; pero este no es el verdadero ser humano. Humano es ser generoso, es ser bueno, es ser hombre de justicia, de

prudencia verdadera, de sabiduría. Por tanto, salir, con la ayuda de Cristo, de este ofuscamiento de nuestra naturaleza para alcanzar el verdadero ser humano a imagen de Dios, es un proceso de vida que debe comenzar en la formación al sacerdocio, pero que después debe realizarse y continuar en toda nuestra vida. Pienso que las dos cosas fundamentalmente van juntas: ser de Dios, estar con Dios, y ser realmente hombre, en el verdadero sentido que ha querido el Creador al plasmar esta criatura que somos nosotros.

Ser hombre: la carta a los Hebreos subraya nuestra humanidad de un modo que nos sorprende, porque dice: debe ser una persona con «compasión hacia los ignorantes y extraviados, por estar también él envuelto en flaqueza» (5, 2) y también — todavía mucho más fuerte— «habiendo ofrecido en los días de su vida mortal ruegos y súplicas con poderoso clamor y lágrimas al que podía salvarlo de la muerte, fue escuchado por su temor reverencial» (5, 7). Para la carta a los Hebreos un elemento esencial de nuestro ser hombre es la compasión, el sufrir con los demás: esta es la verdadera humanidad. No es el pecado, porque el pecado nunca es solidaridad, sino que siempre es falta de solidaridad, es vivir la vida para sí mismo, en lugar de darla. La verdadera humanidad es participar realmente en el sufrimiento del ser humano, significa ser un hombre de compasión — *metriopathein*, dice el texto griego—, es decir, estar en el centro de la pasión humana, llevar realmente con los demás sus sufrimientos, las tentaciones de este tiempo: «Dios, ¿dónde estás tú en este mundo?».

Esta humanidad del sacerdote no responde al ideal platónico y aristotélico, según el cual el verdadero hombre es el que vive sólo en la contemplación de la verdad, y así es dichoso, feliz, porque tiene amistad sólo con las cosas hermosas, con la belleza divina, pero «el trabajo» lo hacen otros. Eso es una suposición, mientras que aquí se supone que el sacerdote, como Cristo, debe entrar en la miseria humana, llevarla consigo, visitar a las personas que sufren, ocuparse de ellas, y no sólo exteriormente, sino tomando sobre sí mismo interiormente, recogiendo en sí mismo, la «pasión» de su tiempo, de su parroquia, de las personas que le han sido encomendadas. Así mostró

Cristo el verdadero humanismo. Ciertamente su corazón siempre está fijo en Dios, ve siempre a Dios, siempre habla íntimamente con él, pero al mismo tiempo él lleva todo el ser, todo el sufrimiento humano, dentro de la Pasión. Hablando, viendo a los hombres que son pequeños, que andan sin pastor, sufre con ellos y nosotros los sacerdotes no podemos retirarnos en un Elíseo, sino que estamos inmersos en la pasión de este mundo y, con la ayuda de Cristo y en comunión con él, debemos intentar transformarlo, llevarlo hacia Dios.

Precisamente esto hay que decirlo, con el siguiente texto realmente estimulante: «Ofreció ruegos y súplicas con poderoso clamor y lágrimas» (Hb 5, 7). No se trata sólo de una alusión a la hora de la angustia en el Monte de los Olivos, sino que es un resumen de toda la historia de la pasión, que abarca toda la vida de Jesús. Lágrimas: Jesús lloró ante la tumba de Lázaro, estaba realmente conmovido en su interior por el misterio de la muerte, por el terror de la muerte. Hay personas que pierden a su hermano, como en este caso, a su madre, a su hijo, a un amigo: todo el horror de la muerte, que destruye el amor, que destruye las relaciones, que es un signo de nuestra finitud, de nuestra pobreza. Jesús pasa por la prueba y se confronta hasta lo más íntimo de su alma con este misterio, con esta tristeza que es la muerte, y llora. Lloro ante Jerusalén, viendo la destrucción de la hermosa ciudad a causa de la desobediencia; llora viendo todas las destrucciones de la historia en el mundo; llora viendo como los hombres se destruyen a sí mismos y sus ciudades con la violencia, con la desobediencia.

Jesús llora, con fuertes gritos. Sabemos por los Evangelios que Jesús gritó desde la cruz; gritó: «Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mc 15, 34; cf. Mt 27, 46), y gritó otra vez al final. Y este grito responde a una dimensión fundamental de los Salmos: en los momentos terribles de la vida humana, muchos Salmos son un grito fuerte a Dios: «¡Ayúdanos, escúchanos!». Precisamente hoy, en el Breviario, acabamos de rezar en este sentido: ¿Dónde estás Dios? «Nos entregas como ovejas a la matanza» (Sal 44, 12). Un grito de la humanidad que sufre. Y Jesús, que es el verdadero sujeto de los Salmos, lleva realmente este grito de

la humanidad a Dios, a los oídos de Dios: «¡Ayúdanos y escuchanos!». Él transforma todo el sufrimiento humano, tomándolo sobre sí mismo, en un grito a los oídos de Dios.

Y así vemos que precisamente de este modo realiza el sacerdocio, la función de mediador, llevando en sí mismo, asumiendo en sí mismo el sufrimiento —la pasión— del mundo, transformándolo en grito hacia Dios, llevándolo ante los ojos de Dios y poniéndolo en sus manos, llevándolo así realmente al momento de la Redención.

En realidad, la carta a los Hebreos dice que «ofreció ruegos y súplicas», «gritos y lágrimas» (5, 7). Es una traducción correcta del verbo *prospherein*, que es una palabra cultual y expresa el acto de la ofrenda de los dones humanos a Dios, expresa precisamente el acto del ofertorio, del sacrificio. Así, con este término cultual aplicado a los ruegos y las lágrimas de Cristo, demuestra que las lágrimas de Cristo, la angustia del Monte de los Olivos, el grito de la cruz, todo su sufrimiento no son algo añadido a su gran misión. Precisamente de este modo él ofrece el sacrificio, actúa como sacerdote. La carta a los Hebreos con este «ofreció» —*prospherein*— nos dice: esta es la realización de su sacerdocio, así lleva a la humanidad a Dios, así se hace mediador, así se hace sacerdote.

Decimos, con razón, que Jesús no ofreció algo a Dios, sino que se ofreció a sí mismo y esta ofrenda de sí mismo se realiza precisamente en esta compasión, que transforma en oración y en grito al Padre el sufrimiento del mundo. En este sentido, tampoco nuestro sacerdocio se limita al acto cultual de la santa misa, en el cual todo se pone en manos de Cristo, sino que toda nuestra compasión hacia el sufrimiento de este mundo tan alejado de Dios, es acto sacerdotal, es *prospherein*, es ofrecer. En este sentido, creo que debemos comprender y aprender a aceptar más profundamente los sufrimientos de la vida pastoral, porque precisamente esto es acción sacerdotal, es mediación, es entrar en el misterio de Cristo, es comunicación con el misterio de Cristo, muy real y esencial, existencial y también sacramental.

En este contexto es importante una segunda palabra. Se dice que Cristo así —mediante esta obediencia— llega a ser perfecto, en griego

teleiotheis (cf. Hb 5, 8-9). Sabemos que en toda la Torá, es decir, en toda la legislación cultual, la palabra *teleion*, usada aquí, indica la ordenación sacerdotal. Es decir, la carta a los Hebreos nos dice que precisamente al hacer esto Jesús fue hecho sacerdote, se realizó su sacerdocio. Nuestra ordenación sacerdotal sacramental debe realizarse y concretarse existencialmente, pero también de modo cristológico, precisamente en este llevar el mundo con Cristo y a Cristo y, con Cristo, a Dios: así nos convertimos realmente en sacerdotes, *teleiotheis*. Por lo tanto, el sacerdocio no es una actividad de algunas horas, sino que se realiza precisamente en la vida pastoral, en sus sufrimientos y en sus debilidades, en sus tristezas y, naturalmente, también en las alegrías. Así llegamos a ser cada vez más sacerdotes en comunión con Cristo.

La carta a los Hebreos resume, por último, toda esta compasión en la palabra *hupakoen*, obediencia: todo esto es obediencia. Es una palabra que no nos gusta. En nuestro tiempo la obediencia parece una alienación, una actitud servil. Uno no usa su libertad, su libertad se somete a otra voluntad; por lo tanto, uno ya no es libre, sino que está determinado por otro, mientras que la autodeterminación, la emancipación sería la verdadera existencia humana. En lugar de la palabra «obediencia», nosotros queremos como palabra clave antropológica la de «libertad». Pero considerando de cerca este problema, vemos que las dos cosas van juntas: la obediencia de Cristo es conformidad de su voluntad con la voluntad del Padre; es llevar la voluntad humana a la voluntad divina, a la conformación de nuestra voluntad con la voluntad de Dios.

San Máximo el Confesor, en su interpretación del Monte de los Olivos, de la angustia expresada precisamente en la oración de Jesús, «no mi voluntad, sino tu voluntad», ha descrito este proceso, que Cristo lleva en sí mismo como verdadero hombre, con la naturaleza, la voluntad humana; en este acto —«no mi voluntad, sino tu voluntad»— Jesús resume todo el proceso de su vida, es decir, de llevar la vida natural humana a la vida divina y, de este modo, transformar al hombre: divinización del hombre y así redención del hombre, porque la voluntad de Dios no es una voluntad tirana, no es una voluntad que está fuera de nuestro ser, sino que es precisamente la voluntad creadora, es precisamen-

te el lugar donde encontramos nuestra verdadera identidad.

Dios nos ha creado y somos nosotros mismos si actuamos conforme a su voluntad; sólo así entramos en la verdad de nuestro ser y no estamos alienados. Al contrario, la alienación tiene lugar precisamente si nos apartamos de la voluntad de Dios, porque de ese modo nos apartamos del destino de nuestro ser, ya no somos nosotros mismos y caemos en el vacío. En verdad, la obediencia a Dios, es decir, la conformidad, la verdad de nuestro ser, es la verdadera libertad, porque es la divinización. Jesús, llevando el hombre, el ser hombre, en sí mismo y consigo, en la conformidad con Dios, en la perfecta obediencia, es decir, en la perfecta conformación entre las dos voluntades, nos redimió y la redención siempre es este proceso de llevar la voluntad humana a la comunión con la voluntad divina. Es un proceso por el cual oramos cada día: «Hágase tu voluntad». Y queremos pedir realmente al Señor que nos ayude a ver íntimamente que esta es la libertad, y a entrar así con alegría en esta obediencia y a «recoger» al ser humano para llevarlo —con nuestro ejemplo, con nuestra humildad, con nuestra oración, con nuestra acción pastoral— a la comunión con Dios.

Prosiguiendo la lectura, encontramos una frase difícil de interpretar. El autor de la carta a los Hebreos dice que Jesús oró intensamente, con gritos y lágrimas, a Dios que podía salvarlo de la muerte, y por su completo abandono fue escuchado (cf. 5, 7). Aquí quisiéramos decir: «No, no es verdad, no fue escuchado, murió». Jesús pidió ser liberado de la muerte, pero no fue liberado, murió de modo extremadamente cruel. Por eso, el gran teólogo liberal Harnack dijo: «Aquí falta un no», hay que escribir: «No fue escuchado» y Bultmann aceptó esta interpretación. Pero se trata de una solución que no es exégesis, sino forzar el texto. En ninguno de los manuscritos aparece «no», sino sólo «fue escuchado»; por tanto, debemos aprender a comprender qué significa este «ser escuchado», a pesar de la cruz.

Yo veo tres niveles para entender esta expresión. En un primer nivel el texto griego se puede traducir así: «Fue redimido de su angustia» y, en este sentido, Jesús fue escuchado. Sería, por consiguiente, una alusión a lo que nos narra san Lucas, que «un

ángel confortó a Jesús» (cf. Lc 22, 43), de modo que, después del momento de la angustia, pudiera ir directamente y sin temor hacia su hora, como nos describen los Evangelios, sobre todo el de san Juan. Sería escuchado en el sentido de que Dios le da la fuerza para llevar todo este peso; así es escuchado. Pero a mí me parece que esta respuesta no es del todo suficiente. Escuchado, en sentido más profundo —ha subrayado el padre Vanhoye— significa decir: «fue redimido de la muerte», pero no en el momento, no en ese momento, sino para siempre, en la Resurrección: la verdadera respuesta de Dios al ruego de ser redimido de la muerte es la Resurrección y la humanidad es redimida de la muerte precisamente en la Resurrección, que es la verdadera curación de nuestros sufrimientos, del misterio terrible de la muerte.

Aquí ya está presente un tercer nivel de comprensión: la Resurrección de Jesús no es sólo un acontecimiento personal. Me parece que puede ayudar tener presente el breve texto en el cual san Juan, en el capítulo 12 de su Evangelio, presenta y narra, de modo muy resumido, el hecho del Monte de los Olivos. Jesús dice: «Mi alma está turbada» (Jn 12, 27), y, en toda la angustia del Monte de los Olivos, ¿qué voy a decir?: «Sálvame de esta hora, o glorifica tu nombre» (cf. Jn 12, 27-28). Es la misma oración que encontramos en los Sinópticos: «Si es posible sálvame, pero hágase tu voluntad» (cf. Mt 26, 42; Mc 14, 36; Lc 22, 42), que en el lenguaje de san Juan es justamente: «O sálvame, o glorifica». Y Dios responde: «Te he glorificado y te glorificaré de nuevo» (cf. Jn 12, 28). Esta es la respuesta, la confirmación de que Dios lo escucha: glorificaré la cruz; es la presencia de la gloria divina, porque es el acto supremo del amor. En la cruz, Jesús es elevado sobre toda la tierra y atrae la tierra a sí; en la cruz aparece ahora el «Kabod», la verdadera gloria divina del Dios que ama hasta llegar a la cruz y así transforma la muerte y crea la Resurrección.

La oración de Jesús fue escuchada, en el sentido de que realmente su muerte se convierte en vida, se convierte en el lugar desde donde redime al hombre, desde donde atrae al hombre a sí. Si la respuesta divina en san Juan dice: «te glorificaré», significa que esta gloria trasciende y atraviesa toda la historia siempre y de nuevo: desde tu cruz, presente en la

Eucaristía, transforma la muerte en gloria. Esta es la gran promesa que se realiza en la santa Eucaristía, que abre siempre de nuevo el cielo. Ser servidor de la Eucaristía es, por tanto, profundidad del misterio sacerdotal.

Todavía unas pocas palabras, al menos sobre Melquisedec. Es una figura misteriosa que entra en la historia sagrada en Génesis 14: después de la victoria de Abraham sobre algunos reyes, aparece el rey de Salem, de Jerusalén, Melquisedec, y lleva pan y vino. Un episodio no comentado y un poco incomprensible, que sólo aparece de nuevo en el Salmo 110, como ya hemos dicho, pero se entiende que, después el judaísmo, el agnosticismo y el cristianismo hayan querido reflexionar profundamente sobre esta palabra y hayan creado sus interpretaciones. La carta a los Hebreos no especula, sino que refiere solamente lo que dice la Escritura y son varios elementos: es rey de justicia, vive en la paz, es rey de donde está la paz, venera y adora al Dios Altísimo, al Creador del cielo y de la tierra, y lleva pan y vino (cf. Hb 7, 1-3; Gn 14, 18-20). No se comenta que aquí aparece el sumo sacerdote del Dios Altísimo, rey de la paz, que adora con pan y vino al Dios Creador del cielo y de la tierra. Los Padres han subrayado que es uno de los santos paganos del Antiguo Testamento y esto muestra que también desde el paganismo existe un camino hacia Cristo y los criterios son: adorar al Dios Altísimo, al Creador, cultivar la justicia y la paz, y venerar a Dios de modo puro. Así, con estos elementos fundamentales, también el paganismo está en camino hacia Cristo, en cierto modo hace presente la luz de Cristo.

En el canon romano, después de la consagración, tenemos la oración *supra quae*, que menciona algunas prefiguraciones de Cristo, de su sacerdocio y de su sacrificio: Abel, el primer mártir, con su cordero; Abraham, que sacrifica en la intención a su hijo Isaac, sustituido por el cordero que da Dios; y Melquisedec, sumo sacerdote del Dios Altísimo, que lleva pan y vino. Esto significa que Cristo es la novedad absoluta de Dios y, al mismo tiempo, está presente en toda la historia, a través de la historia, y la historia va hacia el encuentro con Cristo. Y no sólo la historia del pueblo elegido, que es la verdadera preparación querida por Dios, en la que se revela el misterio de Cristo, sino también desde el

paganismo se prepara el misterio de Cristo, existen caminos hacia Cristo, el cual lleva todo en sí mismo.

Esto me parece importante en la celebración de la Eucaristía: aquí está recogida toda la oración humana, todo el deseo humano, toda la verdadera devoción humana, la verdadera búsqueda de Dios, que se encuentra finalmente realizada en Cristo. Por último, es preciso decir que ahora el cielo está abierto, el culto ya no es enigmático, en signos relativos, sino que es verdadero, porque el cielo está abierto y no se ofrece algo, sino que el hombre se convierte en uno con Dios y este es el verdadero culto. Así dice la carta a los Hebreos: «Nuestro sacerdote está a la derecha del trono, del santuario, de la tienda verdadera, que el Señor Dios mismo ha construido» (cf. 8, 1-2).

Volvamos al dato de que Melquisedec es rey de Salem. Toda la tradición davídica se ha referido a esto diciendo: «Este es el lugar, Jerusalén es el lugar del culto verdadero, la concentración del culto en Jerusalén viene ya de los tiempos de Abraham, Jerusalén es el lugar verdadero de la auténtica veneración de Dios».

Demos otro paso: la verdadera Jerusalén, el Salem de Dios, es el Cuerpo de Cristo; la Eucaristía es la paz de Dios con el hombre. Sabemos que san Juan, en el Prólogo, llama a la humanidad de Jesús «la tienda de Dios», *eskenosen en hemin* (Jn 1, 14). Aquí Dios mismo ha creado su tienda en el mundo y esta tienda, esta Jerusalén nueva y verdadera está al mismo tiempo en la tierra y en cielo, porque este Sacramento, este sacrificio se realiza siempre entre nosotros y llega siempre hasta el trono de la Gracia, a la presencia de Dios. Aquí está la verdadera Jerusalén, al mismo tiempo celestial y terrestre: la tienda que es el Cuerpo de Dios, que como Cuerpo resucitado sigue siendo siempre Cuerpo y abraza la humanidad; y, al mismo tiempo, al ser Cuerpo resucitado, nos une a Dios. Todo esto se realiza siempre de nuevo en la Eucaristía. Y nosotros como sacerdotes estamos llamados a ser ministros de este gran Misterio, en el Sacramento y en la vida. Roguemos al Señor que nos haga entender este Misterio cada vez mejor, vivir cada vez mejor este Misterio y ofrecer así nuestra ayuda para que el mundo se abra a Dios, para que el mundo sea redimido. Gracias.

«Cristo se ofreció a sí mismo al Padre»

SEGUNDA PREDICACIÓN DE CUARESMA
DEL PADRE RANIERO CANTALAMESSA. PREDICADOR DEL PAPA:



I. LA NOVEDAD DEL SACERDOCIO DE CRISTO

En esta meditación queremos reflexionar sobre el sacerdote como administrador de los misterios de Dios, entendiendo esta vez por «misterios» los signos concretos de la gracia, los sacramentos. No podemos detenernos en todos los sacramentos, nos limitamos al sacramento por excelencia que es la Eucaristía. Así hace también la *Presbyterorum Ordinis* que, tras haber hablado de los presbíteros como evangelizadores, prosigue diciendo que «su servicio, que comienza con el anuncio del Evangelio, trae su fuerza y eficacia del sacrificio de Cristo, que éstos renuevan místicamente sobre el altar [1].

Estas dos tareas del sacerdote son las que también los apóstoles se reservaron para sí mismos: «En cuanto a nosotros – declara Pedro en los Hechos – continuaremos dedicándonos a la oración y al ministerio de la Palabra» (Hch 6,4). La oración de la que habla no es la oración privada; es la oración litúrgica comunitaria que tiene en su centro la fracción del pan. La *Didaché* permite ver cómo la Eucaristía en los primeros tiempos se ofrecía precisamente en el contexto de la oración de la comunidad, como parte de ella y su culmen [2].



Como el sacrificio de la Misa no se concibe si no en dependencia del sacrificio de la cruz, así el sacerdocio cristiano no se explica si no en dependencia y como participación sacramental en el sacerdocio de Cristo. Es desde ahí de donde debemos partir para descubrir la característica fundamental y los requisitos del sacerdocio ministerial.

La novedad del sacrificio de Cristo respecto al sacerdocio de la antigua alianza (y, como sabemos, respecto a cualquier otra institución sacerdotal fuera de la Biblia) se pone de manifiesto en la Carta a

los Hebreos desde diversos puntos de vista: Cristo no tuvo necesidad de ofrecer víctimas ante todo por sus propios pecados, como todo sacerdote (7,27); no tiene necesidad de repetir más veces el sacrificio, sino «sólo una vez, en la plenitud de los tiempos, vino para anular el pecado mediante el sacrificio de sí mismo» (9, 26). Pero la diferencia fundamental es otra. Escuche-

mos cómo se la describe:

«Pero se presentó Cristo como Sumo Sacerdote de los bienes futuros, a través de una Tienda mayor y más perfecta, no fabricada por mano de hombre, es decir, no de este mundo. Y penetró en el santuario una vez para siempre, no con sangre de machos cabríos ni de novillos, sino con su propia sangre, consiguiendo una redención eterna. Pues si la san-

gre de machos cabríos y de toros y la ceniza de vaca santifica con su aspersión a los contaminados, en orden a la purificación de la carne, ¡cuánto más la sangre de Cristo, que por el Espíritu Eterno se ofreció a sí mismo sin tacha a Dios, purificará de las obras muertas nuestra conciencia para rendir culto a Dios vivo!» (Hb 9, 11-14).

Cualquier otro sacerdote ofrece algo fuera de sí mismo, Cristo se ofreció a sí mismo; cualquier otro sacerdote ofrece víctimas, ¡Cristo se ofreció como víctima! San Agustín recogió en una fórmula célebre este nuevo tipo de sacerdocio, en el que el sacerdote y la víctima son lo mismo: «*Ideo victor, quia victima, et ideo sacerdos, quia sacrificium*: vencedor porque víctima, sacerdote porque sacrificio» [3].

En el paso de los sacrificios antiguos al sacrificio de Cristo se observa la misma novedad que en el paso de la ley a la gracia, del deber al don, ilustrada en una meditación precedente. De la obra del hombre para aplacar a la divinidad y reconciliarla consigo, el sacrificio pasa a ser don de Dios para aplacar al hombre, hacerlo desistir de su violencia y reconciliarlo consigo (cf. Col 1,20). También en su sacrificio, como en todo lo demás, Cristo es «totalmente otro».

2. «IMITAD LO QUE REALIZAIS»

La consecuencia de todo esto es clara: para ser sacerdote «según el orden de Jesucristo», el presbítero debe, como él, ofrecerse a sí mismo. Sobre el altar, él no representa solo a Jesús «sumo sacerdote», sino también a Jesús «suma víctima», siendo ya ambas cosas inseparables. En otras palabras, no puede contentarse con ofrecer a Cristo al Padre en los signos sacramentales del pan y del vino, sino que debe ofrecerse también a sí mismo con Cristo al Padre. Recogiendo un pensamiento de san Agustín, la instrucción de la S. Congregación de los ritos, *Eucharisticum mysterium*, escribe: «La Iglesia, esposa y ministra de Cristo, desempeñando con él el oficio de sacerdote y víctima, lo ofrece al Padre y, al mismo tiempo, se ofrece entera a sí misma con él» [4].



Lo que aquí se dice de toda la Iglesia, se aplica de modo singular al celebrante. En el momento de la ordenación, el obispo dirige a los ordenandos la exhortación: «*Agnoscite quod agitis, imitami quod tractatis*: Date cuenta de lo que haces, imita lo que celebras». En otras palabras: haz también tu lo que hace Cristo en la Misa, es decir, ofréctete a ti mismo a Dios en sacrificio viviente. Escribe san Gregorio Nacianceno:

«Sabiedo que nadie es digno de la grandeza de Dios, de la Víctima y del Sacerdote, si no se ha ofrecido antes a sí mismo como sacrificio vivo y santo, si no se presenta como oblación razonable y agradable (cf Rm 12, 1) y si no ha ofrecido a Dios un sacrificio de alabanza y un espíritu contrito – el único sacrificio del que el autor de todo don pide el ofrecimiento –, ¿cómo osaré ofrecerle la ofrenda exterior sobre el altar, la que es la representación de los grandes misterios?»[5].

Me permito decir cómo yo mismo descubrí esta dimensión de mi sacerdocio porque quizás puede ayudar a entender mejor. Tras mi ordenación, he aquí cómo yo vivía el momento de la consagración: cerraba los ojos, inclinaba la cabeza, intentaba olvidarme de todo lo que me rodeaba para enmismarme en Jesús que, en el cenáculo, pronunció por primera vez esas palabras: «*Accipite et manducate...*», «Tomad, comed...».

La liturgia misma favorecía esta actitud, haciendo pronunciar las palabras de la consagración en voz baja y en latín, inclinados sobre las especies, dirigidos al altar y no al pueblo. Después, un día, comprendí que esta actitud, por sí sola, no expresaba todo el significado de mi participación en la consagración. Quien preside invisiblemente toda Misa es Jesús resucitado y vivo, el Jesús, para ser exacto, que estaba muerto y que ahora vive para siempre (cf. Ap 1, 18). Pero este Jesús es el «Crispo total», Cabeza y cuerpo

inseparablemente unidos. Por tanto, si es este Cristo total el que pronuncia las palabras de la consagración, también yo las pronuncio con él. Dentro del «Yo» grande de la Cabeza, está escondido el pequeño «yo» del cuerpo que es la Iglesia, y está también mi pequeñísimo «yo».

Desde entonces, mientras como sacerdote ordenado por la Iglesia, pronuncio las palabras de la consagración *in persona Christi*, creyendo que, gracias al Espíritu Santo, éstas tienen el poder de cambiar el pan en el cuerpo de Cristo y el vino en su sangre, al mismo tiempo, como miembro del cuerpo de Cristo, ya no cierro los ojos, sino que miro a los fieles que tengo delante, o, si celebro solo, pienso en aquellos a quienes sirvo durante el día y, dirigido a ellos, digo mentalmente, junto con Jesús: «Hermanos y hermanas, tomad, comed: este es mi cuerpo; tomad, bebed, esta es mi sangre».

En seguida encontré una singular confirmación en los escritos de la venerable Concepción Cabrera de Armida, llamada Conchita, la mística mexicana, fundadora de tres órdenes religiosas, de la que está en curso el proceso de beatificación. A su hijo jesuita, a punto de ser ordenado sacerdote, ella escribía: «Acuérdate hijo mío, que al tener a Jesús en tus manos en la sagrada forma no dirás: Este es el Cuerpo de Jesús, esta es la Sangre, sino que dirás: este es mi Cuerpo, esta es mi Sangre, es decir que debe existir una total transformación, tú perdido en El: otro Jesús»[6].

La ofrenda del sacerdote y de toda la Iglesia, sin la de Jesús, no sería ni santa ni agradable a Dios, porque somos solamente criaturas pecadoras, pero la ofrenda de Jesús, sin la de su cuerpo que es la Iglesia, sería también incompleta e insuficiente: no, se entiende, para procurar la salvación, sino para que nosotros la recibamos y nos apropiemos de ella. Es en este sentido que la Iglesia puede decir con san Pablo: «Completo en mi carne lo que falta a la pasión de Cristo» (cf. Col 1, 24).

Podemos ilustrar con un ejemplo lo que sucede en toda Misa. Imaginemos que en una familia hay uno de los hijos, el primogénito, afeccionadísimo al padre. Para su cumpleaños quiere hacerle un regalo. Pero antes de presentárselo pide, en secreto, a todos los hermanos y hermanas que pongan su firma sobre el regalo. Este llega por tanto a las manos del padre como homenaje indistinto de todos

los hijos y como un signo de la estima y del amor de todos ellos, pero en realidad, uno solo ha pagado el precio de él.

Y ahora la aplicación. Jesús admira y ama sin reservas al Padre celeste. A él quiere hacer cada día, hasta el fin del mundo, el don más precioso que se pueda pensar, el de su misma vida. En la Misa invita a todos sus «hermanos», que somos nosotros, a que pongamos la firma sobre el regalo, de manera que éste llegue a Dios Padre como el don indistinto de todos sus hijos, «mi sacrificio y el vuestro», lo llama el sacerdote en el *Orate fratres*. Pero, en realidad, sabemos que uno solo ha pagado el precio de este don. ¡Y qué precio!

3. EL CUERPO Y LA SANGRE

Para comprender las consecuencias prácticas que derivan para el sacerdote de todo esto, es necesario tener en cuenta el significado de la palabra «cuerpo» y de la palabra «sangre». En el lenguaje bíblico, la palabra cuerpo, como la palabra carne, no indica, como para nosotros hoy, una tercera parte como en la tricotomía griega (cuerpo, alma, *nous*); indica a toda la persona, en cuanto que vive



en una dimensión corpórea («El Verbo se hizo carne», significa se hizo hombre, ¡no huesos, músculos y nervios!). A su vez «sangre» no indica una parte de una parte del hombre. La sangre es la sede de la vida, y por ello la efusión de la sangre es signo de la muerte.

Con la palabra «cuerpo» Jesús nos ha dado su vida, con la palabra «sangre» nos ha dado su muerte. Aplicado a nosotros, ofrecer el cuerpo significa ofrecer el tiempo, los recursos físicos, mentales, una sonrisa que es típica de un espíritu que vive en un cuerpo; ofrecer la sangre significa ofrecer la muerte. No sólo el momento final de la vida, sino todo lo que ya desde ahora anticipa la muerte: las mortificaciones, las enfermedades, las pasividades, todo lo negativo de la vida.

Probemos a imaginar la vida sacerdotal vivida con esta conciencia. Toda la jornada, no solo el momento de la celebración, es una eucaristía: enseñar, gobernar, confesar, visitar a los enfermos, también el descanso, el ocio, todo. Un maestro espiritual, el jesuita francés Pierre Olivaint, decía: «*Le matin, moi prêtre, Lui victime; le long du jour Lui prêtre, moi victime*: la mañana (en aquel tiempo la Misa se celebraba sólo por la mañana) yo sacerdote, Él (Cristo) víctima; a lo largo de la jornada, Él sacerdote, yo víctima. «Cómo le hace bien a un cura – decía el Santo cura de Ars – ofrecerse a Dios en sacrificio todas las mañanas»[7].

Gracias a la Eucaristía, también la vida del sacerdote anciano, enfermo y reducido a la inmovilidad, es preciosísima para la Iglesia. Él ofrece «la sangre». Hice una visita a un sacerdote enfermo de tumor. Se estaba preparando para celebrar una de sus últimas misas con la ayuda de un sacerdote joven. Tenía también una enfermedad en los ojos, por la que lagrimaba continuamente. Me dijo: «No había nunca comprendido la importancia de decir también en mi nombre en la Misa: ‘Tomad y comed; tomad y bebed...’ . Ahora lo he entendido. Es todo lo que me queda y lo digo continuamente pensando en mis parroquianos. He comprendido lo que significa ser ‘pan partido’ para los demás.

4. AL SERVICIO DEL SACERDOCIO UNIVERSAL DE LOS FIELES

Una vez descubierta esta dimensión existencial de la Eucaristía, es tarea pastoral del sacerdote ayudar a vivirla también al resto del pueblo de Dios. El año sacerdotal no debería quedarse en una oportunidad y una gracia solo para los curas, sino también para los laicos. La *Presbyterorum ordinis* afirma claramente que el sacerdocio ministerial está al servicio del sacerdocio universal de todos los bautizados, para que éstos «puedan ofrecerse a sí mismos como hostia viva, santa, aceptable por Dios (Rm 12,1). De hecho:



«Es a través del ministerio de los presbíteros como el sacrificio espiritual de los fieles es hecho perfecto en unión al sacrificio de Cristo, único mediador; este sacrificio, de hecho, por mano de los presbíteros y en nombre de toda la Iglesia, es ofrecido en la eucaristía de modo incruento y sacramental, hasta el día de la venida del Señor»[8].

La constitución *Lumen gentium* del Vaticano II, hablando del «sacerdocio común» de todos los fieles, escribe:

«Los fieles, en virtud de la realeza de su sacerdocio, participan en la oblación de la Eucaristía... Participando en el sacrificio eucarístico, fuente y culmen de toda la vida cristiana, ofrecen a Dios

la Víctima divina y a sí mismos con Ella; así todos, sea con la oblación que con la santa comunión, realizan su propia parte en la acción litúrgica, pero no igualmente, sino unos de una forma y otros de otra» [9].

La Eucaristía es por tanto un acto de todo el pueblo de Dios, no sólo en sentido pasivo, que redundaría en beneficio de todos, sino también activamente, en el sentido de que es realizado con la participación de todos. El fundamento bíblico más claro de esta doctrina es 12, 1: «Os exhorto, hermanos, por la misericordia de Dios, a ofrecer vuestros cuerpos como sacrificio viviente santo y agradable a Dios, este es vuestro culto espiritual».

Comentando estas palabras de Pablo, san Pedro Crisólogo, decía:

«El Apóstol ve así elevados a todos los hombres a la dignidad sacerdotal para ofrecer sus propios cuerpos como sacrificio viviente. ¡Oh inmensa dignidad del sacerdocio cristiano! El hombre se convierte en víctima y sacerdote por sí mismo. Ya no busca más fuera de sí lo que debe inmolar a Dios, sino que lleva consigo y en sí lo que sacrifica a Dios por sí... Hermanos, este sacrificio está modelado sobre el de Cristo... Sé por tanto, oh hombre, sé sacrificio y sacerdote de Dios» [10].

Probemos a ver cómo la forma de vivir la consagración que he ilustrado podría ayudarnos también a los laicos a unirse en la ofrenda del sacerdote. También el laico está llamado, hemos visto, a ofrecerse a Cristo, en la Misa. ¿Puede hacerlo usando las mismas palabras de Cristo: «Tomad, comed, este es mi cuerpo»? Pienso que nada se opone a ello. ¿No hacemos lo mismo cuando, para expresar nuestro abandono a la voluntad de Dios, usamos las palabras de Jesús sobre la cruz: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu», o cuando, en nuestras pruebas, repetimos: «Pase de mí este cáliz», u otras palabras del Salvador? Usar las palabras de Jesús ayuda a unirse a sus sentimientos.

La mística mexicana, recordada antes, sentía dirigidas también a ella, no solo al hijo sacerdote, las palabras de Cristo: «Quiero que transformada en Mí por el dolor, por el amor y por las virtudes, se levante al cielo este grito de tu alma en mi unión: Este es mi cuerpo, esta es mi Sangre» [11].

El fiel laico debe sólo ser consciente de que estas palabras dichas por él, en la Misa o durante el día, no tienen el poder de hacer presente el cuerpo y la sangre de Cristo sobre el altar. Él no actúa, en este momento, *in persona Christi*; no representa a Cristo, como hace el sacerdote ordenado, sino que sólo se une a Cristo. Por eso, no dirá las palabras de la consagración en voz alta, como el sacerdote, sino en su propio corazón, pensándolas, más que pronunciándolas.

Probemos a imaginar qué sucedería si también los laicos, en el momento de la consagración, dijeran silenciosamente: «Tomad, comed: esto es mi cuerpo. Tomad, comed, esta es mi sangre». Una madre de familia celebra así su Misa, luego va a casa y comienza su jornada hecha de mil pequeñas cosas. Su vida se deshace literalmente, aparentemente no deja huella alguna en la historia. Pero no es cosa de nada lo que hace: ¡es una eucaristía junto con Jesús! Una monja dice también ella, en su corazón, en el momento de la consagración: «Tomad, comed...»; después va a su trabajo diario: niños, enfermos, ancianos. La Eucaristía «invade» su jornada, que se convierte como en una prolongación de la Eucaristía.

Pero quisiera detenerme en particular en dos categorías de personas: los trabajadores y los jóvenes. El pan eucarístico, «fruto de la tierra y del trabajo del hombre», tiene algo importante que decir sobre el trabajo humano, y no sólo sobre el agrícola. En el proceso que lleva del grano sembrado en tierra al pan sobre la mesa, interviene la industria con sus máquinas, el comercio, los transportes y una infinidad de otras actividades, en la práctica todo el trabajo humano. Enseñemos al trabajador cristiano a ofrecer, en la misa, su cuerpo y su sangre, es decir, el tiempo, el sudor, el cansancio. El trabajo no será ya alienante como en la visión marxista, en el que acaba con el producto que se vende, sino santificante.

¿Y qué tiene que decir la Eucaristía a los jóvenes? Basta que pensemos en una cosa: ¿qué quiere el mundo de los jóvenes y de las jóvenes hoy?? ¡El cuerpo, nada más que el cuerpo! El cuerpo, en la mentalidad del mundo, es esencialmente un instrumento de placer y de explotación. Algo que vender, que exprimir mientras se es joven y atrayente, y después que tirar, junto con la persona, cuando ya

no sirve a estos objetivos. Especialmente el cuerpo de la mujer se ha convertido en una mercancía de consumo.

Enseñemos a los chicos y chicas cristianas a decir en el momento de la consagración: «Tomen, coman, esto es mi cuerpo ofrecido por ustedes». El cuerpo es así consagrado, se convierte en algo sagrado, ya no se puede «darlo en pasto» a la concupiscencia propia o ajena, no se puede vender, porque se ha entregado. Y nos convertimos en Eucaristía con Cristo. El apóstol Pablo escribía a los primeros cristianos: «El cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor... Por tanto glorificad a Dios con vuestro cuerpo» (1 Co 6, 13.20). Y explicaba a continuación las dos maneras como se puede glorificar a Dios con el propio cuerpo: o con el matrimonio o con la virginidad, según el carisma y la vocación de cada uno (cf. 1 Co 7, 1 ss.).



5. CON LA OBRA DEL ESPÍRITU SANTO

¿Dónde encontrar la fuerza, sacerdotes y laicos, para hacer esta ofrenda total de sí a Dios, para tomarse y elevarse, por así decirlo, de la tierra con las propias manos? ¡La respuesta es el Espíritu Santo! Cristo, hemos escuchado al inicio de la Carta a los Hebreos, se ofreció a sí mismo al Padre en sacrificio, «en el Espíritu eterno» (Hb 9, 14), es decir, gracias al Espíritu Santo. Fue el Espíritu Santo que como suscitaba en el corazón humano de Cristo el impulso a la oración (cf. Lc 10,21), así suscitó el impulso e incluso el deseo de ofrecerse al Padre en sacrificio por la humanidad.

El papa León XIII, en su encíclica sobre el Espíritu Santo, dice que «Cristo realizó toda su

obra, y especialmente su sacrificio, con la intervención del Espíritu Santo (*praesente Spiritu*)»[12] y en la Misa, antes de la comunión, el sacerdote ora diciendo: «Señor Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que por voluntad del Padre y por obra del Espíritu Santo (*cooperante Spiritu Sancto*), muriendo diste la vida al mundo...». Esto explica por qué en la Misa hay dos «epiclesis», es decir, dos invocaciones del Espíritu Santo: una,

antes de la consagración, sobre el pan y el vino, y otra, después de la consagración, sobre todo el cuerpo místico.

Con las palabras de una de estas epiclesis (Plegaria eucarística III), pidamos al Padre el don de su Espíritu para ser en cada Misa, como Jesús, sacerdotes

y a la vez sacrificio: «Que Él (el Espíritu Santo) nos transforme en ofrenda permanente, para que gocemos de tu heredad junto con tus elegidos: con María, la Virgen Madre de Dios, los apóstoles y los mártires, y todos los santos, por cuya intercesión confiamos obtener siempre tu ayuda».

NOTAS:

- [1] PO, 2.
- [2] *Didachè*, 9-10.
- [3] Agustín, *Confesiones*, 10,43.
- [4] *Eucharisticum mysterium*, 3; cf. Agustín, *De civitate Dei*, X, 6 (CCL 47, 279).
- [5] Gregorio Nacianceno, *Oratio* 2, 95 (PG 35, 497).
- [6] M.-M. Philippon, *Una vida, un mensaje. Concepción Cabrera de Armida*, Descrea de Brower, 1974, p. 105.
- [7] Citado por Benedicto XVI en la Carta de convocación del Año sacerdotal.
- [8] PO, 2.
- [9] *Lumen gentium*, 10-11.
- [10] Pedro Crisólogo, *Sermo* 108 (PL 52, 499 s.).
- [11] Philippon, op.cit., p. 180
- [12] León XIII, Enc. *Divinum illud munus*, 6.

CATEQUESIS DESDE EL POSTER

JORNADA VOCACIONAL 2010

El poster elaborado en ocasión de la JORNADA MUNDIAL DE ORACION POR LAS VOCACIONALES

2010, puede ser buena oportunidad de una catequesis vocacional, para todo tipo de comunidad, desde niños hasta adultos, adaptando el lenguaje y los conceptos a las edades y diferente madurez cristiana del grupo.

DINÁMICA DE LA CATEQUESIS:

- 1) Se muestra el poster y se invita a ver los varios elementos: - el rostro de Jesús, una fusión de imágenes al centro, las palabras, el color del fondo...
- 2) Algunas preguntas pueden ayudar a compartir algunas noticias generales sobre qué es la jornada mundial de oración por las vocaciones, cuando se celebra, por qué, para qué, qué es la OMAPAV (Organización Mexicana de Agentes de Pastoral Vocacional), qué es la CEVyM (Comisión Episcopal por las Vocaciones y Ministerios)...
- 3) Catequesis:

El TEMA de la jornada:

«Pueblo de Dios: todos somos sacerdotes».

- La jornada vocacional se injerta de lleno en el «Año sacerdotal».

- Desde la visión de la pastoral vocacional, es importante ayudar a descubrir que el sacerdocio es una vocación de todo el pueblo de Dios por el bautismo, sin quitar importancia al sacerdocio ministerial.

- El Sacerdocio común de todos los fieles es un DON de Dios, recibido en el sacramento del bautismo. Nos injerta en Jesús (rostro de Cristo del que emanan todos los ministerios y



vocaciones), unifica todos los ministerios y servicios (expresados en la fusión de algunos servicios del pueblo de Dios: la oración, la evangelización, la comunión, el servicio a los últimos, el sacerdocio ministerial...), y se expresa en las TAREAS y MISIÓN a la que Dios nos llama a realizar, desde SULLAMADA a ser CRISTIANOS, discípulos de Jesús, Ministros (sacerdotes) de Cristo en: la ofrenda de la propia vida (Oración y sacrificio, Eucaristía) - testimonio de fe, esperanza y caridad, viviendo la comunión de la familia, de la comunidad – la caridad y el servicio a los más necesitados y pobres...

- *El sacerdocio ministerial se diferencia esencialmente, y no sólo de grado, del sacerdocio común de los fieles: «El sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial o jerárquico se ordena el uno para el otro, aunque cada cual participa de forma peculiar del sacerdocio de Cristo. Su diferencia es esencial no solo gradual. Porque el sacerdocio ministerial, en virtud de la sagrada potestad que posee, modela y dirige al pueblo sacerdotal, efectúa el sacrificio eucarístico ofreciéndolo a Dios en nombre de todo el pueblo: los fieles, en cambio, en virtud del sacerdocio real, participan en la oblación de la eucaristía, en la oración y acción de gracias, con el testimonio de una vida santa, con la abnegación y caridad operante» (LG 10).*
- El Sacerdocio MINISTERIAL se sitúa adentro de la vida de la COMUNIDAD-IGLESIA-COMUNIÓN (fusión de vocaciones y servicios), y se pone a su servicio, como continuación de la obra de Jesús en el tiempo de la Iglesia.
- EN LA IGLESIA cada uno tiene su SERVICIO SACERDOTAL:
 - a) Los laicos: el servicio sacerdotal de ofrecer la propia vida, de ofrecer el mundo y sus obras: trabajo, familia, comunicación, política etc. y transformar las realidades del mundo en obra de Dios...
 - b) Los consagrados y consagradas: el servicio sacerdotal del Testimonio, de la propia vida como profecía de los valores del Reino...
 - c) Los Presbíteros (sacerdocio ministerial): el servicio sacerdotal por excelencia, de la eucaristía, de la misericordia, de ser guía, pastor y cabeza de la comunidad-Iglesia...

4) CONCLUSIÓN:

- Todos somos llamados por Jesús Sacerdote a seguirlo...
- Todos y cada uno con su propia identidad y misión, en el mundo y en la comunidad...
- Algunos somos llamados a ser SACERDOTES – PASTORES poniendo toda la propia vida al servicio de Jesús y de su Reino...
- LOS SACERDOTES son una vocación muy importante.. hay que orar por ellos, por su perseverancia, para que no faltes...
- Puede ser que a alguien de nosotros y de nuestros jóvenes el Señor los llame al sacerdocio ministerial o misionero...

5) ORACIÓN:

se dice la siguiente oración que también se encuentra atrás de la estampa vocacional, que es la reproducción en pequeño del poster...

Oración Vocacional y del Año Sacerdotal



Oh Jesús,
que sientes compasión al ver la multitud
que está como oveja sin pastor,
suscita, en nuestra Iglesia,
una nueva primavera de vocaciones.

Te pedimos que envíes

- Sacerdotes según tu corazón
que nos alimenten con el pan de tu Palabra
y en la mesa de tu Cuerpo y de tu Sangre
- Consagrados que, por su santidad,
sean testigos de tu Reino
- Laicos que, en medio del mundo,
den testimonio de Ti con su vida y su palabra.

Buen Pastor, fortalece a los que elegiste
y ayúdalos a crecer en amor y santidad
para que respondan plenamente a tu llamado.

María, Madre de las vocaciones,
ruega por nosotros. Amen

EL PAPEL CENTRAL DEL PRESBITERO EN LA PASTORAL VOCACIONAL



Delegación de Pastoral Vocacional de Madrid

1. ALGUNOS DATOS DE LA EXPERIENCIA

1. EL «INVIERNO VOCACIONAL»

La escasez de vocaciones produce en los sacerdotes diversas reacciones. Casi todas llevan un denominador común: la pena, la preocupación por esta sequía prolongada que se percibe, en general, como una prueba grande y un mal para la comunidad cristiana.

a) En algunos la preocupación afligida se vuelve **desaliento**. La penuria vocacional es para ellos un signo patente de la decadencia de la Iglesia y de la fuerza indómita y creciente de un mundo poderoso que envuelve y penetra cada vez más nuestras generaciones juveniles. El desaliento va acompañado por una fuerte **nostalgia** de los tiempos pasados. Este desaliento lejos de estimular las potencialidades vocacionales de nuestro ministerio las suele congelar. Lleva implícita una convicción más o menos arraigada: «no vale la pena luchar contra los elementos». El desaliento, en fin, se expresa en una leve esperanza (más forzada que espontánea) de que vendrán tiempos mejores: «esto no puede continuar así; esperemos que cambie la situación; mientras tanto, es preciso resistir como podamos».

EL SACERDOTE ...

1. Es otro Cristo. Respétalo.
2. Es representante de Dios. Ten confianza en él.
3. Es tu bienhechor. Muéstrate agradecido con él.
4. En el confesionario es médico de tu alma.
Manifiéstale tus heridas.
5. Es guía en tus caminos. Sigue sus consejos.
6. Es juez de tus actos. Obedece sus amonestaciones.
7. En el altar, él ofrece tus oraciones a Dios. No te olvides de él.
8. El reza por ti, por los tuyos y por las almas del purgatorio. Pide a Dios misericordia para ti y para él.
9. En su vida diaria, es hombre. No lo condenes.
10. Es un hombre. Una palabra de afecto lo alegrará.
11. Si tienes que decir sus faltas, dílas a Dios para que lo ilumine y le dé ánimo para corregirlas.
12. El tiene una gran responsabilidad. Pide a Dios que lo guíe en la vida y tenga misericordia de él en el trance de su muerte.

*Virgen Inmaculada, acoge bajo tu manto
a todas las almas sacerdotales del mundo entero
para que sean lirios purísimos para Jesús.*

Enviado por Zayra Rosas

¿Sirven para algo los sacerdotes?

LOS SACERDOTES SIRVEN PARA SERVIR. Lo decía el padre a su hijo seminarista: como una escoba, hijo mío, como una escoba, siempre dispuesta a ser utilizada, pero sin esperar recompensa alguna; gastándose una vez y otra, pero sin esperar que la coloquen en una vitrina. Los curas han aprendido bien las palabras del Maestro: «Yo no he venido a ser servido, sino a servir» (Me 10, 44). Un cura que no sirve, no sirve.

LOS SACERDOTES SIRVEN PARA PERDONAR. Antes que maestros y litúrgos son testigos de la misericordia divina. En un mundo violento y dividido, ellos son portadores del diálogo y del perdón. Están siempre ahí, como casa de acogida. Abren sus puertas cada día para escuchar confidencias, para quitar cargas, para devolver la alegría y la esperanza.

LOS SACERDOTES SIRVEN PARA ILUMINAR. Son portadores de la palabra de Dios, que tratan de explicar y de vivir. Cuando nos cegamos con los espejismos y seducciones del mundo, ellos nos recuerdan las Bienaventuranzas. Cuando nos movemos a ras de tierra, ellos nos señalan el cielo. Cuando nos quedamos en la superficie de las cosas, ellos nos descubren la presencia de Dios en todo.

SIRVEN PARA INTERCEDER. El sacerdote prolonga la mediación de Jesucristo. Por eso es llamado pontífice, constructor de puentes entre el cielo y la tierra. Habla a Dios de los hombres y habla a los hombres de Dios. Decía San Juan de Avila: «Relicarios somos de Dios, casa de Dios y, a modo de decir, criadores de Dios... Esto, padres, es ser sacerdotes: que amansen a Dios cuando estuviera, ¡jay!, enojado con su pueblo; que tengan experiencia de que Dios oye sus oraciones y tengan tanta familiaridad con El».

SIRVEN PARA AMAR. Reservan su corazón para amar del todo a todos. Quieren ser para todos, amigos, padres y hermanos. Un amor liberado y agrandado. Un amor gratuito y oblativo, como antorcha que se va gastando poco a poco.

SIRVEN PARA HACER PRESENTE A JESUCRISTO. Todo sacerdote está llamado a ser otro Cristo. El sacerdote está para repetir las palabras y los gestos de Jesús, para continuar sus pasos y desvelar su presencia, para prolongar y actualizar su amor generoso. Y esto a dos niveles: el sacramental y el de la vida.

SIRVEN PARA SER EL ALMA DEL MUNDO. En un mundo sin espíritu, ellos son el alma, la luz, la sal y el perfume. Sin el sacerdote todo sería un poco más feo y oscuro. «Sacerdote no es el que se limita a hacer cosas, sino a hacer santos». (G. Rovirosa). Es verdad que, en cierta medida, a todo cristiano se le puede aplicar cuanto llevamos dicho, pero el sacerdote tiene vivencias y urgencias especiales. Gracias, hermanos sacerdotes, por vuestra «inútil» luminosidad. Manda Señor, sacerdotes, esos hombres tan raros que sólo sirven para servir.